22101569263

ER · CA (2)

EL ORDEN EN EL DESORDEN

DE LAS EPIDEMIAS,

POR

DON ANTONIO FREAN Y LIZANDRA.

GUANTANAMO.

IMPRENTA DE "EL ECO," CONCHA 38.

1873.

Welle ibrary
for ory
and U ding
of Medicine

Al Excmo Sor D. Joaquin Sobel

Mi digno general: Consta me que
muestras siempre interés en todo lo que
trifico, por más que sea tan malo, malísimo
lo que se comprende en esta modesta publicac

En mis tres campañas de Africa, Santo
mingo y Cuba he podido convencerme de que
como en las clínicas de los hospitales, puede ap
derse en las clínicas ambulantes de los ejercit

Solo que para conseguir el fin no basta
comprenderle á vez: son necesarios otros fuerz
otros conocimientos que los de

Este humilde subordinado

Q. S. M. de V. E. S.

Antonio Gracia

EL ORDEN EN EL DESORDEN

DE LAS EPIDEMIAS.

LAS VIRUELAS, LA CALENTURA AMARILLA
ó vómito prieto y sobre todo el cólera morbo asiático
ó tifo azul,

POR

DON ANTONIO FREAN Y LIZANDRA,
DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR, LICENCIADO GRÁTIS POR SOBRESALIENTE EN MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, CATEDRÁTICO QUE HA SIDO DE FISIOLOGÍA EN EL LICEO VALENCIANO, SÓCIO DE MÉRITO DE SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS Y CABALLERO DE DISTINGUIDAS ÓRDENES MILITARES Y CIVILES.

GUANTANAMO.

IMPRENTA DE "EL ECO," CONCHA 38.

1873.

EPIDEMIOLOGY, Texts 19 cent.

E.B.CA(2)

WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

311806

INTRODUCCION.

El hombre se haria casi siempre centenario, si posible le fuera evitar, lo mismo esas revoluciones interiores que producen en nuestro organismo las pasiones, que esas revoluciones esteriores que dan lugar á las luchas sangrientas y á las guerras, compañeras de las epidemias.

Que el hombre es un ser centenario ó que puede aspirar á vivir cien años en su habitacion la tierra, pruébase en el terreno de los hechos y en el de la fisiologia igualmente.

En el de los hechos, pues que el hombre ha podido disfrutar dilatadísima existencia, do quiera que ha podido vivir con vigor y con tranquilidad.

Casualmente Cuba, para que todo lo reuniese ántes de estos desastres, y para que fuese el pais favorecido por todos conceptos, era el pais de las longevidades fabulosas verdaderamente. Por ejemplo, en Trinidad, donde he visitado octogenarios y nonagenarios en casi todas las calles, visité en una travesia de la calle de la Boca, una Señora de apellido Herrera, que á los ciento siete años ejercia todas sus funciones de rela-

cion perfectamente. No hace mucho que en el Camagüey he conocido á Sebastian Agüero, de ciento nueve años, y que era el que acompañaba al virtuoso Padre Valencia, que fundára el Cármen y el famoso hospicio de lazarinos. Hasta en estos tristes dias recogimos por la manigua del Caunao una Señora de noventa años llamada Carmita, en tan buen estado intelectual todavia, que admirándome de sus palabras que parecian máximas, como suele decirse, díjome gravemente: «¿no sabia Ud. que la experiencia era la madre de la ciencia?»

Y que el hombre puede aspirar á hacerse centenario, pruébase en el terreno de la fisiología igualmente, ya que en tres épocas principales puede dividirse la vida, cada una de ellas de treinta años por lo ménos.

La 1.ª es la del incremento ó crecimiento, y el hombre està creciendo hasta los treinta y tres años. Hasta esta edad no está sólidamente formado ni su músculo, ni su celébro.

Luego viene la edad estacionaria, llamada así porque el hombre está sin crecer ni decrecer y que puede durar otros treinta y tantos años ó hasta los sesenta y cinco en las personas enemigas de desórdenes.

Por fin la edad del decrecimiento ò del deterioro de la máquina del organismo dura otros tantos años, que vienen á sumar por consecuencia el número suficiente para probar que el hombre es un ser centenario verdaderamente.

¿En qué consiste, sin embargo, que los hombres cada dia van muriendo mas jóvenes?

¿En qué ha de consistir sino en los desórdenes?

Y de estos desórdenes, unos son interiores, como los que motivan las pasiones.

¡Pues si ya pasion quiere decir padecimiento!

Y estas pasiones ó padecimientos hácenle desconocer que el órden debe ser para él una palabra sagrada; y que para aspirar á ser feliz, es preciso sostenga constantemente, lo mismo la armonia del cuerpo, que es la salud, que la armonia del alma, que es la virtud.

Hay otra clase de desórdenes, que destruyen tam-

bien en el hombre el mejor de los capitales, puesto que es el capital representado por las fuerzas de la vida, y que pueden apellidarse desórdenes esteriores, ya que son los producidos por las revoluciones y por las guerras.

¿Qué revoluciones y guerras ha habido sin epidemias?

¿Podrá citarse por ventura, alguna?

Por ejemplo: nosotros estamos respirando por desgracia la atmòsfera de la revolucion y de la guerra, ya hace tiempo.

Y desde que estamos así, ¿hemos podido desembarazarnos completamente de la viruela, del vómito, de la fiebre tifoidea, de la disenterìa y del cólera morbo?

Así es que la cuestion de las cuestiones y la que suele detener á veces las operaciones de campaña aun á los mas distinguidos jefes, es la aparicion de las afecciones epidémicas.

¿Qué era capaz de acobardar á aquel Bonaparte, que desde Egipto estaba llenando el mundo con la fama de su nombre?

¿Qué era capaz de acobardar á aquel inmortal calavera con aquella cabeza siempre erguida y siempre dispuesta á realzarse sobre todo linaje de reveses?

Pues bien: sin embargo, le acobardó la peste, y le acobardó, sobre todo, cuando al tiempo de embarcar para Europa, no sabia que hacerse de los pestilentes.

Y cruzando los brazos á lo Federico, estaba diciendo tristemente:

«¿Embarcaré á los apestados?.... Pero si los embarcamos vamos á contagiarnos todos de la peste...

....¿Los dejaré?.... Pero dejarlos es esponerlos á que los degüellen en seguida cruelmente.»

Por manera, que por mas que el gran Bonaparte habia pensado mucho acerca de la fuerza de los enemigos, habia pensado poco acerca de la fuerza de los epidémicos padecimientos.

Trátase de una cuestion, tanto mas importante, cuanto que en la mayor parte de las campañas, las bajas son producidas, no tanto por los proyectiles, cuan-

to que pór las enfermedades dimanadas de las circunstancias antihigiénicas producidas por la misma aglomeracion de gente.

Una prueba. En la por siempre memorable campaña de Africa, de los veintiun mil enfermos que entraron en los diez y ocho hospitales de Ceuta, solo mil setecientos eran heridos; hubo diez mil coléricos, y todos los demas fueron tifoideos, diarreícos y disenterícos.

Vése claramente como la Providencia castiga á todos los hombres que se hallan en estado de guerra.

Y el castigo es tanto mayor, cuanto que, como se incurre siempre en la falta imperdonable de enviar los cuerpos á los pueblos el dia mismo de concluirse la guerra, foméntanse las epidemias por do quiera.

¿Y en qué consiste que en las poblaciones producen las epidemias muchos mas estragos todavia que en los ejércitos?

Consiste principalmente en los desórdenes fabulosos, increibles que se cometen constantemente. De tal modo así, que me causa estrañeza no se haya tratado todavia de introducir órden en tanto funesto desórden, como por desgracia se vé en toda epidemia.

Demostrar esto último es uno de mis principales objetos.

El desórden en las epidemias.

Es tal el desórden en las epidemias todas, que por esto mismo es fácil demostrar el hecho increible por decirlo así en la region teórica, de que mas de la mitad de las defunciones son debidas casi siempre á ese sistema de fúnebre griteria, que se practica lo mismo en un pueblo que en otro, y á ciencia y presencia de las autoridades de los pueblos cultos.

No parece sino que el miedo que se apodera de las gentes (¡á veces sin fundamento ninguno!) les perturbe y oscurezca de modo, que no les permita ver la verdad, como, por ejemplo, en las ocasiones, en las que despues de tanta alarma y de tanto terror, resulta que la verdad de todo es que nada existe, que no hay nada del gigante del Ganges.

No voy à ocuparme todavia de las importantes epidemias de viruela, de calentura amarilla ó tifo amarillo y de disenteria: ya hablaremos de ellas luego con todo el interés que se merecen.

Ahora á fin de poder demostrar la necesidad imperiosa de introducir órden en el desórden de las epidemias, voy á permitirme presentar con toda verdad, con toda desnudez, lo que pasa, lo que está pasando en los pueblos de aquende y de allende, cuando van á ser invadidos por una epidemia de cólera morbo, enfermedad

conocida por cierto, enfermedad que avisa tres dias lo menos con la diarrea, y contra la cual resulta en claro, que si bien la medicina no es muy poderosa en el período azul, no es muy poderosa para curarla, la medicina es casi omnipotente para evitarla.

Vamos á ver lo que sucede en esas epidemias, bien se presenten en Nueva York, la Habana. San Petersburgo, Lóndres, Marsella, Barcelona ó Madrid.

Ocúpome de las grandes poblaciones, pues que en las pequeñas, todo se reduce generalmente á algunos pocos casos ocurridos especialmente donde reinan la miseria ó la torpe cobardia.

Vamos à ver como todo cuanto se hace no sirve mas que para fomentar el miedo, el miedo! que nos pone á disposicion del enemigo en todos los terrenos.

Vamos á ver como todo cuanto se ha hecho y se hace, no sirve mas que para fomentar la tristeza, en vez de fomentar á todo trance la alegria, la alegria! que no es solo causa de salud, sino la salud misma, ya que contribuye á la armonia del cuerpo.

Y se fomenta la confusion, cuando conviene toda la serenidad para mirar al enemigo cara á cara, y poder así remontarse al orígen y generacion del epidémico padecimiento.

Mucho antes de presentarse ningun caso, ni de preocuparse nadie de nada, ni de peligrar por ningun concepto la pública salud, se sorprende inconvenientemente con anuncios como, por ejemplo, el siguiente:

«¡Parece que el terrible huésped del Ganges trata de visitarnos de nuevo!»

Y de allí á poco tiempo se dice: «¡Ya viene!»

Y luego: «ya está ahí!»

¡Que mucho se vaya apoderando el miedo de las gentes, el miedo que en todos los terrenos nos entrega á disposicion del enemigo siempre!

Yo no sé porque hemos de ser tan accesibles al miedo, que me hace recordar de Campoamor:

El miedo, ese gran mal de nuestros males,
Sofoca la virtud, el heroismo:
No agita mas pasion á los mortales

Que el temor de morir, el egoismo.

Verdad es que el miedo se fomenta con inconvenientes declaraciones de autoridades, como por ejemplo un gobernador de Allende, que decia un dia en el periódico «El Comercio»=«Alicantinos, es mi deber manifestaros que ya la mas aterradora de las epidemias se ha posesionado entre nosotros.»

Sin duda creeria que con esto hacia mucho. Y no hay duda que hacia mucho para abatir el ánimo de las gentes considerablemente.

¡Qué extraño, que el terror influya para creer que acaba de llegar una especie de gigante, cuyos enemigos sean todos los vivos, cuyos amigos sean todos los muertos, y cuya ambicion, cuya horripilante ambicion sea, por decirlo así, empuñar el cetro de un imperio, apellidado el cementerio universal. ¡Válgame el cielo!

Para complemento, no solo se concede, sino que se exige la mas inconveniente, estúpida é inconcebible publicidad.

Y todos los periódicos se ocupan diariamente de todas y cada una de las defunciones.

Y los artículos de fondo están consagrados á decir y repetir que estamos arrostrando la mayor calamidad.

Y si buscamos la seccion de anuncios para proporcionarnos diversion con la lectura de perfumes, de alimentos y de nuevas modas ó trajes elegantes, nos encontramos que casi toda ella está destinada para los anuncios anticoléricos.

Tambien se anuncian baratos de atahudes.

Y en la calle de Cedaceros hay una agencia que se encarga de todo en los casos fulminantes de cólera morbo.

Vamos á una drogueria, y nos sorprende en seguida el rótulo del elíxir anticolérico de Humbolt.

Y á la puerta de la mayor parte de las casas leemos el «Santo Dios, Santo Fuerte, santo inmortal, líbranos, Señor del cólera y de todo mal »

Y en las calles oimos cantar á los ciegos, espendedores de papeles y romances: La oracion de San

Caralampio contra el cólera morbo. El que la rece no morirá de cólera fulminante.

Y hay infinitud de círculos que se ocupan oficiosamente de la gran calamidad, que anuncian exageradamente las defunciones y las invasiones, y que son tan fomentadores del contagio moral, que á ellos se debe tambien el que las gentes se apusilanimiden de modo, que se consideren bajo el dominio de un gigante, cuyos enemigos sean todos los vivos, cuyos amigos sean todos los muertos, cuya ambicion, cuya horrible ambicion sea empuñar el cetro de un imperio apellidado el cementerio universal. . . . . .

. . . . . .

¡Que mucho, que en medio de tantas epidemias á que he asistido y que he estudiado, me haya detenido á veces para decir allá en mi «interior:» ¿El cólera con todos sus horrores, es acaso una calamidad mayor que la que ese torpe sistema de publicidad produce con la fúnebre griteria de las gentes?

Por ventura habrá quien dude que á esa gran falta de las autoridades de todos los pueblos y de todos los paises, se debe gran parte de las invasiones y de las defunciones?

¡Cuántos han sido atacados al menos de diarrea, despues de leer en un periódico los invadidos y fallecidos en el dia anterior! ¡Cuántos tambien despues de ver en la seccion anunciativa las muchas cruces correspondientes á las muchas invitaciones para entierros de personas conocidas ó ignoradas!...

¡Por Dios, á ver si aprendemos á
Callar y obrar
Por la tierra y por la mar!

Y para complemento de desórden, esos enterramientos ó inhumaciones que por causa del miedo, se hacen con espantosa tempranidad ciertamente.

Que por esto suelen enterrarse personas vivas en casi todas las epidemias.

Lo cual nada tiene de estraño, pues que si estos horrores de los enterramientos de personas vivas, por razon del atraso que se observa en esta parte en todos los

pueblos, suceden y están sucediendo con frecuencia en tiempos normales, ¡qué será en los que se caracterizan por un mareo y acobardamiento general!

Nunca se repetirá bastante que no hay signo alguno positivo de la muerte, y que como los sábios Orfila y Devergie han demostrado, no lo son ni la falta de respiracion, ni la de la circulacion, ni la de la calorificacion, ni la frialdad, ni la rigidez cadavérica, ni la depresion de la cornea trasparente, ni aun la coagulacion misma de la sangre, signo de Devi.

Con respecto á los primeros signos, téngase en cuenta, que ya la misma enfermedad en cuestion se caracteriza por la despulsacion y la algidez.

Y son tantos mas peligrosos los enterramientos tempranos, cuanto que el òpio, el éter y el cloroformo, que se usan aquí con tanta frecuencia, son remedios anastesicos ó insensibilizadores.

Insisto mucho en esto por lo mismo que ya no puede ocurrir un infortunio mayor, que ya no puede haber nada mas horroroso que el despertar dentro de un ataud, por lo mismo que aparte del terror mortal que se ha de apoderar en seguida del desgraciado, adquiere la conviccion de que ni sus fuerzas, aunque fueran las de un Hércules, bastarian para romper el ataud y levantar el peso de la tierra que le oprime, ni es posible que su voz, ni aun levantada en la desesperacion al mayor grito, sea oida.

Y sin embargo, esto sucede en tiempos normales y sucede mucho mas en los tiempos de epidemias.

Con respecto á los tiempos normales, ocurren con tanta frecuencia, que ya parece con razon insuficiente el término de las veinticuatro horas.

¡Qué será en aquellos paises como, por ejemplo, Africa, donde se entierra al hombre casi á seguida de morir! y donde se han podido hacer observaciones que aterran!

Recuerdo de Tetuan, la ciudad sagrada de los moros, que entre estos hay el fanatismo de creer con su falso enviado ó con su profeta, de que las dos de la tarde es la hora mejor para ser recibido en el Paraiso.

Resultando de aquí, que cuando cualquier enfermo de ellos, medio cierra los ojos á esta hora, me lo empozan en seguida en la tumba. ¡Qué posiciones de esqueletos se han visto!

Si en los pueblos cultos de América y de Europa, están ocurriendo horrores, ¡qué no habrá sucedido en esos incultos paises!

Durante las epidemias entierran allí con tan peligrosa tempranidad, que encargado por el Comandante general Excmo. Sr. D. Diego de los Rios y Rubio, de ordenar todas estas cosas, costábame increible trabajo el impedir que se enterrase á nadie sin cumplir un nictémero ó veinticuatro horas.

Y eso que este término está completamente probado con los hechos, que es insuficiente.

Mas claro: que es posible que una persona esté un nictémero ó veinticuatro horas sin respiracion, sin circulacion, sin calorificacion, sin sensibilidad, ni movimiento, y, sin embargo, no estar muerta.

Deténgome en esto para que se comprenda la clase de desórdenes con referencia á esos enterramientos inmediatos al último suspiro, en que tanto parece estar interesado el egoismo de no contagiarse de los epidémicos padecimientos.

En los tiempos normales se entierran en todas partes personas vivas, ¡qué no sucederá, pues, durante las epidemias todas, con especialidad las del gigante del Ganges!

El órden en las epidemias

EL órden es una palabra sagrada.

Y si lo es para el hombre sano, lo es con mucha mas razon para el enfermo, por lo mismo que los desórdenes son los que principalmente destruyen el capital de los capitales, que es el capital representado por las fuerzas radicales y efectivas de la vida.

¡Orden, sobre todo, en el desórden de las epidemias!

Y para establecerlo, es preciso ante todo combatir ese miedo, esa torpe cobardia que se apodera en seguida de las gentes.

A combatir el miedo y à revestirse de aquel valor y serenidad que nos permitan mirar al enemigo cara á cara, para de este modo remontarnos al orígen y generacion del epidémico padecimiento.

Pues que ciertamente esto es lo que principalmente se necesita saber.

Y una vez sabido, dirigirnos allí, y dirigirnos con todas las terapeuticas armas, que aquello es el foco de la morbosa insurreccion, y si sabemos acudir con oportunidad y con energia, tendremos la satisfaccion de ver confirmado el «sublata causa tollitur effectus»—destruida la causa, destruidos los efectos ò las epidemias.

Nada de contemplacion con el enemigo: obrar

con prontitud y energia, si se quiere evitar las consecuencias.

Aquí encaja mas que en ninguna otra ocasion «el ocasio preceps» del divino anciano de la Grecia ó de Hipócrates. Aquí encaja recordar que la ocasion es fugitiva, y que cuando se pierde, no vuelve mas.

Y para aprovecharla es necesario dirigirse al foco de la epidémica enfermedad.

Este foco vereis á veces que es la miseria.—A combatirla en seguida proporcionando recursos de todo género. Insisto é insistiré aconsejándolo hasta el fastidio, tanto mas, cuanto que la miseria en las epidemias en que no es causa, es una concausa siempre.

Y en semejantes ocasiones se ve que al hombre no le conviene ser egoista, puesto que mirar por el bienestar de los demas, es mirar por el bienestar de sí mismo. Y por el contrario, cuando el rico mirando con indiferencia la miseria, le tiene sin ningun cuidado que se mueran los pobres, ya él se morirá tambien.

Porque es menester persuadirse de una verdad, que por mas que esté combatida en los libros, no por esto deja de ser verdad siempre—Todas las afecciones epidémicas son contagiosas, sin que haya escepcion ninguna, cualquiera sea el epidémico padecimiento.

Recuerdo que cuando en el año de 1855 fuí apoyado por los dignos gobernadores de Alicante y Valencia, los Señores D. Celestino Mas y Abad y D. Cayetano Bonafox, al ir á estudiar la epidemia del cólera, consideré antes que todo como un deber sagrado, combatir enérgicamente las opiniones médicas reinantes sin miedo y sin consideracion de ningun gènero.

Y escribia en los periódicos polìticos y literarios la proposicion siguiente:

«Considero el cólera morbo asiático como esencialmente contagioso: la opinion contraria hará inacabable este azote.»

Hoy dia es fácil decir esto; pero no lo era entónces, en que habia que luchar contra la opinion médica reinante en todos los pueblos. ¡Que mas! hasta se consideraba como ignorante al médico que creia esto.

No dejé de tener disgustos por la resolucion con que combatí lo que estaba muy en boga; pero tambien tuve despues la satisfaccion de ver aceptadas estas mismas ideas en elevadas regiones de la ciencia.

Y me he permitido recordar esto por lo mismo que la única enfermedad epidémica en que tienen enemigos los contagionistas, es el cólera.

Y que como es un mal contagioso, si la padecen los pobres, irremediablemente padeceránla tambien los ricos.

A combatir, pues, la miseria.

Aunque conozco que hay miserias imposibles de combatir, á no ser que inspirados por los recuerdos de un Enrique 4.°, llevásemos nuestra virtud y abnegacion hasta el punto de enviar alimentos y vestidos á los mambises, en esta guerra de Cuba.

Pues que la miseria increible de la manigua es el orígen y generacion del padecimiento.

No hay duda: el orígen es aquí la manigua con frecuencia.

Ahora mismo cuando por «El Vínculo» han ocurrido algunos casos, ha sido despues de tomar un campamento, donde habia algunas sepulturas frescas sobre las cuales llamaban la atencion varias velas que habia encendidas: tan poco tiempo haria que habian muerto.

Esto me hace recordar tambien que el primer cólera que la columna volante de cazadores de Colon padeció, fué inmediatamente despues de haber acampado en una finca de la jurisdiccion de Santo Espíritu, llamada Santa Teresa de Camejo, donde llamaron la atencion numerosas sepulturas recien hechas, y que luego se supo habian sido coléricos aquellos insurrectos que habian muerto.

Hoy dia, ¡que mucho tenga orígen entre ellos toda afeccion epidémica, teniendo en cuenta su increible estado de miseria!—Cuando nosotros tuvimos un formal encuentro con Villamil en la Trinidad, vimos que aquellos quinientos insurrectos no comian otra cosa que mangos asados y mangos verdes.—Cuando por las orillas del rio Buey, camino de Bayamo, sorpren-

dimos á los insurrectos en el campamento de Hoja menuda, vimos que toda aquella gente capitaneada por los hermanos Sanchez de Bayamo, no comian otra cosa que naranjas verdes: montones de naranjas era lo único que tenian en su campamento.—Añádase que van desnudos ó cubiertos con harapos asquerosos. Que como no tienen con que cubrirse, reciben al descansar sobre el frio suelo el relente y la humedad de la noche despues de sufrir todo el sol durante el dia.—Que como se ven perseguidos por todos lados, están siempre bajo la influencia hipostenizante del miedo. ¡Qué estraño, pues, vengan á desarrollarse entre ellos toda clase de enfermedades epidémicas!

Que por esto es conveniente, es altamente higiénico el aconsejar, que siempre que se tome un campamento enemigo, se procure detenerse en él todo lo menos que se pueda.

Hemos venido á decir todo esto apropósito de sostener que una de las mas poderosas causas de las epidemias coléricas es la miseria.

Porque sea dicho de paso, yo soy de los que opinan que el gigante del Ganges, no siempre viene de las orillas del Ganges precisamente.

¿Es posible se dude que en determinadas circunstancias se desarrolla, sin poderse esplicar cómo el miasma productor del envenenamiento colérico?

De hoy mas no daré gran importancia á las opiniones de los hombres, que por mas que los apelliden sábios, y por mas que vivan siempre entre libros, no han leido en todos los dias de su vida, en ese libro desencuadernado, cuyas pájinas las forman los hechos observados en los hombres y las cosas. y observados por uno mismo, que es lo que mas enseña.

Y bien: otra de las causas de una epidemia, despues de la miseria, es à veces la llegada repentina de enfermos sospechosos.

Sobre el particular no me cansaré de repetir que el cólera camina como el hombre.

No se ve que sucede lo mismo con la viruela y con el tifo amarillo ó vómito prieto?

¿Cómo se ha creido que el cólera lo trae siempre el aire? ¿No se ve acaso que se presenta con las cualidades atmosféricas, termométricas, higromètricas y barométricas mas opuestas?

Este si que es un cosmopolita por cierto, ya que se presenta lo mismo en la Habana que en San Petersburgo, y lo mismo en el verano que en el invierno.

Todo es porque el cólera no lo trae el aire, no, lo trae el hombre, y es por esto que el cólera camina como el hombre.

¿No se le ve caminar como el hombre? ¡Ya está en Paris, ya está en Marsella, ya está en Alicante, ya está en Valencia!

Y entre infinitas observaciones hechas en comprobacion de esto, nunca podré olvidar una de las que hice en esta campaña en un destacamento.

Porque en «El Quemadito,» jurisdiccion de Santo Espìritu, estaban gozando la mas envidiable salud todos los que del batallon de San Quintin, se hallaban destacados en aquel fuerte. No habia quien tuviese siquiera una fluxion. Y sin embargo, pasa por allí una columna al mando del digno coronel Chinchilla, y al detenerse un momento, dejan, como era natural, un enfermo atacado de calambres, vómito y diarrea. Pues bien: aquel destacamento que gozaba hasta entónces de una salud tan envidiable, se convirtió por decirlo así, en un cementerio. Tanto así, que toda mi vida me acordaré cuando á las doce de la noche pasandò por allí con la columna volante de Cazadores de Cólon: al mando entónces del Sr. Gonzalez Corral, penetré en aquella mansion de la muerte. Renuncio por ahora á describir el espectáculo que se presentó á mi vista, baste decir que aquella noche, como otra del Júcaro, como otra de las lomas de Cubitas, y como la que pasé despues de la batalla de Guad-Rás en Marruecos, figuran entre las noches imborrables de mi existencia.

Pues bien: aquel desastre no fué producido mas que por la llegada de un hombre. Porque el cólera lo trae el hombre, y por esto que el cólera camine como el hombre.

Tambien coincide la aparicion de la enfermedad aterradora con la llegada ó arribada de un buque. Y al remontarnos al primitivo orígen, y al estudiar la generacion del epidémico padecimiento, veremos que aquel barco habia tocado algun punto epidemiado. Es por esto que todos los pueblos, que todos los gobiernos estén interesados en la observacion mas escrupulosa de los reglamentos de sanidad de los puertos: «salus populi lex suprema esto:» la salud del pueblo es la suprema ley.

¿Pueden las corrientes de aire traernos tambien la epidemia colérica?

Desde luego no puede ponerse en duda que al rededor de los enfermos de esta enfermedad se forma una atmósfera que participa de las cualidades venenosas de las sustancias líquidas y gaseosas que despide el cuerpo. Tanto así, que por esto mismo el cambio repentino de localidad y de aire produce milagros verdaderamente En esas clínicas ambulantes de los ejércitos en campaña, es donde principalmente se ve esto.

En las cinco epidemias coléricas que he podido observar en mis tres años completos de vida de manigua, he visto muchas veces desaparecer todo con solo cambiar de terreno ò de aires, aguas y lugares, como diria el divino autor de «aeris, aquis et locis.»—Por ejemplo, mi batallon de Cazadores de Colon número 3, que parecia un batallon de cadáveres por Cascorro, Las Calabazas, La Deseada, Santa Rita y San Miguel de Nuevitas, se convirtió en un batallon de soldados sanos y fuertes, con solo pasar al Caunao desde el Camagüey. ¡Que de coléricos no teniamos cuando pasabamos por Marroquin desde Cinco Villas! Y sin embargo, todo desapareció al dirijirnos á la fortaleza del Asiento y á la trinchera del Clueco.

Siempre me acordaré con especialidad de dos observaciones. Algunos casos de cólera ocurridos repentinamente, me hicieron detener en el potrero llamado de Jesus, Maria y José á dos leguas de Santo Espíritu. El Comandante Tarifa, despues de habernos detenido un poco tiempo, deseaba que nos moviéramos de allí: la

gravedad de algunos enfermos teniame indeciso, pero por fin me resolví, y todos mejoraron con el movimiento.—Tambien en la jurisdiccion de Santo Espíritu pude observar lo mismo en otra ocasion. Habian sido invadidos seis: el prudente Brigadier Acosta, á fin de evitar se fuesen contajiando los batallones del Orden y de Colon, dispuso se trasladasen conmigo á la casita de Cabrera, distante del campamento. Nos llovió á mares; los enfermos, no obstante nuestros impermeables que echamos sobre sus cuerpos, se calaron hasta los huesos. Llegamos á la casita; colocamos á los graves en catres; encendimos grandes candelas; hicimos fuertes y frecuentes frotaciones con la tusa de maiz y aguardiente; colocamos fuego en tejas debajo de los catres, dimos manzanilla caliente con láudano y éter, y nadie se murió.

Por el contrario, cuando una localidad cualquiera ha sido destinada mucho tiempo á albergar á epidemiados, como hasta las paredes están por decirlo así, impregnadas del miasma epidémico, los enfermos terminan con frecuencia funestamente.

He venido á decir esto apropósito de si el aire podia trasmitir una epidemia.

Aunque por lo general no es este el medio de trasmision: dígase cuanto se quiera en contrario. Porque si en un cuerpo líquido como el agua, vemos, por ejemplo, que los rios inmediatos á poblaciones que están sufriendo enfermedades contagiosas y que por razon del lavado y de la limpieza, se cargan contínuamente de los principios morbosos que salen con las mismas escreciones, no por esto trasmiten la enfermedad á las poblaciones mas ó menos inmediatas que se surten del agua del mismo rio ¡con cuanta mas razon se evitará lo mismo tratándose del aire atmosférico!

Véase además, como la enfermedad epidémica en cuestion se presenta no obstante las cualidades atmosféricas mas diferentes y opuestas, lo mismo reinando el aire frio y seco que el frio y húmedo, y el cálido y seco que el cálido y húmedo.

¿Se cree que el calor es una de las causas de la

epidemia colérica? Pues véase, sin embargo, como en el invierno ha hecho tambien estragos, y lo mismo en la Isla de Cuba que en la Siberia.

Yo creo que el cólera lo trae el hombre, y es por esto que el cólera camina como el hombre. . . . . , . . .
. . . . . , ...

De cualquier modo que se nos presente ese huésped, vayámos ocupándonos ya algo acerca de lo que en semejantes casos hay que hacer.

Una de las disposiciones mas importantes ya la he aconsejado cuando he dicho:

Callar y obrar
Por la tierra y por la mar.

Sistema prohibitivo absoluto de todo lo concerniente á la parte anunciativa de la enfermedad. Tenemos de este modo mas de la mitad de las defunciones que con el torpe sistema de publicidad se ocasionarian.

Vamos á ver si podemos evitar tambien las demás.

Mucho se puede hacer, muchísimo, lo increible, tratándose de una enfermedad que siempre avisa.

Es por esto me infunda mucho menos respeto una epidemia de cólera, que por ejemplo, una de vòmito prieto ó de viruela.—El vómito prieto ó tifo amarillo no siempre avisa; y la viruela, aunque avise con síntomas de calentura gástrica, ¡qué importa, si desde el momento que se presenta cualquier síntoma del periodo de invasion, ya no está en nuestra mano evitar que recorra todos los periodos hasta la erupcion, desecacion y descamacion!

El cólera avisa siempre. Su aviso es la diarrea, y cuando se cura la diarrea, no aparecen ya los síntomas del cólera morbo el noventa por ciento de las veces.

¿Se quiere una prueba, y una prueba que equivalga casi á una demostracion algebráica ó geométrica? Pues bien: que en los lugares donde reina la enfermedad en cuestion, se someta un número determinado de familias á la diaria observacion de un médico higienista. Que este práctico sepa mirar con interés la mas

insignificante descomposicion de vientre que pueda ocurrir, y veremos cuantos de los preservados mueren del cólera.—¿Cuántos? ¡Casi ninguno!

Hágase esa esperiencia en todas partes y que se me conteste con los hechos.

¡Ya se ve: se llama por lo general en el periodo de la algidez ó frialdad y del tinte cianótico ó azul, y en enfermos que hará tres dias por lo ménos que tenian diarrea!

Porque en mi dilatada esperiencia de esta enfermedad, me he acercado á preguntar en los casos que todo el mundo calificára de repentinos, y puedo asegurar que nunca lo habian sido!

Comencé à tener semejante curiosidad ó interés, desde que al llegar á Monovar, pueblo de la provincia de Alicante, se me dijo en el momento de llegar, que el alcalde habia allí muerto casi de repente. Pero estudiado de cerca este repentino caso, resultó en claro, que hacia muchos dias que los de su familia le aconsejaban se curase la diarrea, y que él contestaba siempre con la risa.—Desde entónces no dejé pasar nunca ningun caso de los apellidados fulminantes, resultando haber dado siempre aviso el epidémico padecimiento.

¡Sí, esta es una enfermedad que tiene sobre todas las demás la ventaja de que siempre avisa.

Es por esto me permita decir, que no se ha conocido ni se ha dado por consecuencia la importancia debida á los médicos preservadores, á los médicos higienistas.

¿Cuando se considerará como sagrado «el melius est precavere quam curare,» ó que es mejor precaver que curar siempre?

No se llama al médico mas que cuando la cosa está seria. Que es lo mismo que decir, que no se le llama cuando la cosa está fácil, y se le llama apresuradamente cuando ya está difícil, si es que no está imposible!

En los ejércitos en campaña, ó en la region práctica de la Sanidad Militar es donde se ve bien claro to-

do esto Porque cuando ha de ocurrir cualquier epidemia, mucho antes se presentan los avisos. Yo que en estos tres años no interrumpidos de vida de manigua y de dormir bajo el techo del Cielo, he tenido siempre la costumbre de pasearme dia y noche por los rededores de los campamentos, guiábame tanto por la naturaleza de las escreciones, que en una ocasion en que á media hora de Cascorro (Camagüey,) observé que la mayor parte eran líquidas, pronostiqué, al ocurrir dos defunciones, una terrible epidemia, y puse una comunicacion, diciendo para mis adentros: «¡Es mi deber ponerla, cueste lo que cueste!»

Y con efecto, decia al digno Sr. Jefe de Sanidad Militar á las órdenes del digno brigadier Excmo. Sr. D. Zacarias Goyeneche:

«Al dar parte hoy de los dos últimamente atacados del cólera morbo asiático en los cazadores de Colon, considero como un deber sagrado, hacer presente lo siguiente:

Que se van presentando los fenòmenos prodromicos ó anunciadores de una epidemia, que puede diezmar uno de los batallones mas hermosos que ha tenido el ejército de la Isla.

Siempre es mejor y mas fácil precaver que curar.

Recuerdo que cuando en el año pasado apareció el cólera, me permití escribir un tratamiento profiláctico ó precautivo, que nuestro teniente coronel, con una solicitud que le honra, procuró enviar á todos los destacamentos, como un documento de importancia.

Y hoy, que á mas de observar las frecuentes diarreas y los escrementos blandos y aun semiliquidos de la generalidad, observo que las fatigas han consumido mucho de lo que el gran fisiólogo Mr. Barthez llama «las fuerzas radicales de la vida,» considero tambien como un deber hacer presente:

Que para atender á evitar lo que pudiera ser una gran calamidad, es preciso:

1.° Que el soldado tome rancho dos veces al dia.

2.° Que se considere la tajada de carne salcocha-

da, tomada en seco para almuerzo diario, como altamente perjudicial para el soldado, cuyo estómago no puede digerir y absorver tan facilmente como cuando la carne ha sido diluida á favor de la decoccion.

3.° Es de mi observacion particular que la caña de azúcar es llamativa del cólera.

4.° Igualmente probar el agua de todos los riachuelos.

5.° Igualmente las fatigas desmesuradas.

6.° Igualmente no descansar en las horas del medio dia y de la noche.

7.° Igualmente el desabrigó y el mojarse, por lo cual siempre seria conveniente, á no estar el enemigo cerca, fuesen las candelas perennes.

Ya que se ha dicho que la medicina no es muy poderosa para curar, que se vea lo es mucho para evitar.

Y claro está que al evitarla en el s ldado, se evita en el jefe y el oficial Pues que por desgracia se trata de una enfermedad contajiosa en lo material y en lo moral ciertamente.

Réstame decir, que como están tan debilitadas las fuerzas radicales de la vida, en los ataques hácese difícil sino imposible la reaccion.

Lo que tengo el honor de comunicar á US., cuyo ilustrado celo ha sido tan verdadero y tan constante.

Dios guarde á US. muchos años.—Cascorro 16 de Marzo de 1870.=Antonio Freán.

Cuando por la tarde llegó al campamento una seccion de caballeria para acompañarme á Cazcorro, creyóse por muchos que quizás seria para darme algun disgusto —Y fué todo lo contrario, pues que el digno brigadier, despues de tener la bondad de conversar detenidamente acerca de la epidemia reinante, y de aprobar completamente cuanto yo aconsejára como tratamiento profiláctico ó preservativo, me hizo el honor de sentarme à su mesa.

Nuestros pronósticos de que la terrible epidemia vendria á diezmarnos, se cumplieron desgraciadamen-

te. Una noche, que salimos con el coronel Chinchilla, para la finca llamada La Deseada y para Santa Rita, fueron atacados un número escesivo, viéndose entónces el contagio moral como se ve siempre.

Y se ve tan evidentemente, que por esto donde quiera se presente esta enfermedad, aconsejo y aconsejaré siempre, no solo que se aparte de la vista de la generalidad el recien atacado, si que tambien se prohiba absolutamente se la nombre.

Donde quiera se presente el cólera morbo, bien sea en un ejército, bien sea en una poblacion, lo que hay que hacer sobre la marcha es y será siempre lo mismo, á saber: _

Miéntras se consuela al desgraciado, evitar el contagio material y evitar el contagio moral.

Evitar el contagio moral nos es muchas veces mas fácil que el material.

Prohibicion absoluta de nombrar la enfermedad por ningun concepto.

Y semejante prohibicion ha de alcanzar hasta la misma prensa, persuadiéndola de que con esto se hace un inestimable bien, puesto que se evita la mitad de las víctimas por lo menos.

Esto lo considero tan importante, que quisiera que hasta entre los mismos de las comisiones de caballeros de la Caridad y hasta entre los mismos círculos científicos de la poblacion ó del ejército epidemiado, se nombrára la enfermedad con otro nombre que con el de cólera morbo-asiático: llamésele «psorentería» ya que es una de sus denominaciones ó tambien tifo azul.

Todo cuanto diga encaminado á combatir el contagio moral, será poco.

Porque si evitamos el contagio moral, yo aseguro que evitamos mas de la mitad de las víctimas.

Con que: resulta en claro; que está en nuestra mano el evitar mas de la mitad de las víctimas, solo con prohibir ese fúnebre bulle bulle, solo con prohibir absolutamente la conspiracion fúnebre.

¡Para que se vea hasta que punto el órden es una palabra sagrada, y hasta que punto podemos hacer

mucho, podemos hacer lo increible, introduciendo órden en el desórden de la epidemia!

Vamos á ver por lo que hace al contagio material.

Desde luego la localizacion de la enfermedad, y por consecuencia la separacion completa de los coléricos, no solo de los sanos, si que tambien de los enfermos de otras distintas enfermedades que la que tenemos en cuestion.

Tan contagiosa es esa enfermedad, con permiso de ciertos «soi dissant» sabios y eminentes, que por creerse todo lo contrario, ha sido inacabable el azote en muchos puntos.

Dìcese con frecuencia por personas médicas y por personas estrañas á los conocimientos médicos. «¿Cómo ha de ser contagiosa esa enfermedad si yo no he tenido nada rozándome con coléricos?»

¡Ah, si de este modo debiera comprenderse el contagio, ya el mundo no existiera,—¿Cual es la enfermedad mas contagiosa? ¿No lo es, por ejemplo, mucho la sarna? ¿Cómo es, pues, que sin embargo de que por la costumbre caballerosa de darnos las manos, no hay dia que no toquemos la de alguna sarnoso, y no por esto se nos viene encima siempre «el acarus scabiey?»

¿No es una enfermedad asaz contagiosa la viruela? ¿Háse destruido, sin embargo, la hermosura humana, hasta el punto de aparecer cacarañados todos los hombres y mujeres?

¿Puede darse enfermedad mas contagiosa que la peste de bubon ó de Egipto? Pues bien: el mismo Napoleon en Egipto entró con el baron de Desgeunettes en los hospitales de los apestados, para repartir tabacos y animar á los enfermos, y no tuvo novedad ninguna, como no la tuvieron tampoco infinitos que asistieron á los pestilentes.

Dígolo, porque es una razon muy vulgar, para sostener que el cólera no es contagioso, decir, que, nada les ha resultado de rozarse con coléricos.

Haciendo referencia á mi esperiencia personal, tampoco tuve novedad en numerosas epidemias, duran-

te las cuales tendia mi hamaca entre los enfermos; pero ya la tuve últimamente, despues de haber sentido dos dias antes el solo síntoma de los calambres, que bastante anunciaba ya el envenenamiento colérico.

Igualmente en Monovar, provincia de Alicante, fuí atacado á las cuatro horas de haber practicado en el cementerio la autopsia de uno que sucumbiera á consecuencia de la enfermedad reinante.

Es por esto, que al anunciarse en las grandes poblaciones la presentacion de algun caso, se aconseje en seguida por muchos marcharse pronto y marcharse léjos, volviendo todo lo mas tarde que permitan los recursos.

No deja de ser un escelente consejo para el que se halla en el caso de poder viajar á su placer. Y en los ejércitos en campaña es donde mas evidentemente se vé esto. Cuando pasamos desde Cinco Villas al Camagüey, ya cuando llegamos al caserio de Marroquin, teniamos ocupadas casi todas las camillas de los coléricos. Las humedades y las fatigas desmesuradas dieron incremento á la enfermedad por Sibanicú y Cazcorro. Nuestro batallon de Colon parecia un batallon de cadáveres ambulantes, y sin embargo, no hicimos mas que pasar al Caunao, no hicimos mas que cambiar de aires, aguas y lugares, y todo desapareció, y todo el mundo se puso bueno. Vése por esto, que los diarreicos y aun los coléricos, que lo están en una determinada localidad, mejoran generalmente cuando se ponen en movimiento.

Nosotros pudimos esperimentar que mientras que soldados y oficiales gozaban de poca salud y estaban diarreicos por Cazcorro y San Miguel de Nuevitas; los que estaban mas ó menos léjos, mas ó menos apartados con distintas comisiones, conservábanse buenos y robustos. ¿Regresaban al sitio donde reinára la enfermedad? Pues prontamente tenian diarrea, si es que no sucumbian de la afeccion epidémica.

Como otro de los medios de transmision de la enfermedad, es tambien la ropa misma de los coléricos, necesítase la mayor precaucion y prudencia. Deben lavarse las ropas con algun desinfectante como el cloro-

ro de cal, y nunca mezclarla de los sanos con las de los enfermos.

Mucha limpieza en todo: la suciedad es gran fomentadora de la epidemia.

Limpieza en el aire, renovándolo con la ventilacion, y purificándolo con la fumigacion, y, sobre todo, con la desinfeccion, ya que esta destruye el miasma venenoso, en vez de que la fumigacion no hace mas que encubrirlo casi siempre. Gastar mucho de cloruro de cal ó de Labarrac en lo privado, y en lo público. Ha mostrado la esperiencia ser muy convenientes las grandes candelas en las plazas y calles públicas, en las cuales se mezcle con la leña, brea ú otras resinas; como lo es tambien la pólvora y las detonaciones producidas por descargas de artilleria ó fusileria. Cuando en el campamento de Las Calabazas tomamos el sistema de las grandes candelas por la noche, de modo que se estableciera cierta especie de emulacion entre los cuerpos, la disminucion de las invasiones fué al ménos una coincidencia.

Limpieza en todo aquello que se ingiere en el estómago, como bebidas, alimentos y medicamentos. Desde luego, el agua que sea la mejor posible. En mas de una ocasion hemos conocido la necesidad de que cada soldado, á semejanza del ejército que en la guerra contra los separatistas de la Union, operaba por el Potomac, llevase un filtro que depurase el agua de tantas impurezas como se encontraban especialmente en los pozos, donde no solo habia vegetales en fermentacion y putrefaccion, si que tambien animales y hasta cadáveres.—El vino y los licores que usan los soldados raras veces son limpios: es necesario vigilar mucho las cantinas.—Hemos estado á veces un mes sin acercarnos á ninguna poblacion y sin que nos llegase ningun convoy: no por esto faltaban en las cantinas bebidas. ¿Estos milagros como se hacen, pues?—Es necesario tambien analizar las medicinas que corren como preservativas, siendo á veces llamativas de la enfermedad.—Por lo demás, la esperiencia ha demostrado que es muy bueno, es muy conveniente imponerse la

prohibicion de las frutas, de las ensaladas, de las aluvias y de todas las sustancias alimenticias que producen fácilmente suciedades gástricas ó indigestiones.

Limpieza en el vestido, tan conveniente siempre para la salud, que aun en el estado normal, y aun entre las personas que tienen la higiénica costumbre de mudarse la ropa interior con frecuencia, cada vez que lo hacen, sienten cierto bienestar, y como si el cuerpo agradeciese aquel lienzo limpio.

Limpieza en las escreciones, á propósito de las cuales debo advertir, que es uno de los medios de transmision mas frecuente, siendo por esto muy espuesto el descansar algun tiempo en el lugar donde existen excrementos de coléricos. Mucho de desinfecciones en estos sitios, que son asaz fomentadores del mal epidémico. Y no lo digo solo por el cólera, si que lo digo tambien por la viruela, por el tifo amarillo ó vómito prieto, por la disenteria y por todas las afecciones tifoideas. ¡Que mucho, que estando sentados bastante tiempo sobre los mismos productos de las escreciones de los coléricos, de los variolosos y de los tifoideos, salgamos ya del jardin con el envenenamiento miasmático, y que á poco principien los síntomas de la enfermedad epidémica! El no haberse fijado en esto, puede ser tambien una de las causas de porque à veces no podemos desembarazarnos completamente de la epidemia.—Los lugares escusados constituyen, pues, uno de los focos asaz fomentadores del cólera. Que no se olvide esto.

Limpieza en el alma, que no solo en el cuerpo. Esprésome así, por lo mismo de que ciertas pasiones trastornadoras vienen á ser una causa dispositiva tan poderosa, que por esto se ven atacados con preferencia los que desordenadamente se entregan á aquello que lama S. Agustin en sus confesiones las felicidades infelices.

Lo cual no quiere decir ó aconsejar que el ánimo no esté alegre: todo lo contrario, la alegria, que es no solo causa de salud, sino casi la salud misma, siempre conviene. Debe evitarse el mal humor y sobre todo

los disgustos. Es bastante frecuente ver atacadas las personas que acaban de tomar una pesadumbre. Todo el mundo sereno y tranquilo, suceda lo que suceda, y diciendo siempre para sus adentros: «¡No tengo permiso para incomodarme, que no concluya la epidemia!»

Estábamos hablando de la limpieza, y si las autoridades procuran á todo trance la limpieza pública y privada, evitan tambien de este modo gran número de defunciones, que sumando resulta ya una cifra consoladora por cierto.

Porque hay que sumar:

Las que evitamos prohibiendo la publicidad fomentadora del miedo y del contagio siempre.

Las que evitamos atacando la miseria, prima hermana de la epidemia.

Las que evitamos haciendo ver que es una enfermedad que avisa, siendo su aviso la diarrea.

Las que evitamos tambien con la limpieza.

A propósito de la cual, hay que fijarse con mucha especialidad en todas aquellas localidades, donde hay á todas horas mucha reunion de gente.

La hay desde luego en los templos, que por escepcion, ni puede ni debe evitarse, ya que con razon nada consuela y anima mas en semejantes desgracias que la oracion, con la cual la persona que tiene la dicha de creer, cuenta ya con la gracia y la proteccion del Omnipotente, Y no hay duda que la humanidad aparece verdaderamente digna de la proteccion del cielo, cuantas veces se presenta ante Dios, la Vírgen y los santos para pedir perdon de sus culpas, en la creencia de que las culpas son la causa principal del castigo epidémico. Y que al cabo ¿que es el hombre, por mas que presuma como decia un fisiólogo eminente; que es sino un átomo de un instante, gobernado por una potencia invisible, que le arrastra, á pesar suyo, por la senda trazada en el libro del Omnipotente?

Empero es conveniente que se prohiba, no solo los toques fúnebres de campanas y de músicas, si que tambien que se lleven los cadáveres á las iglesias, durante el reinado de la epidemia.

El templo de Guantánamo por lo ventilado y por lo limpio hace honor á su digno Cura Pàrroco y puede servir de modelo. Pues nótese que en la generalidad de los templos reina la peor higiene. ¿Como no se han fijado en las frecuentes desganas ó lipotimias que ocurrir suelen, cuando para la celebracion de festividades, hay una desmesurada aglomeracion de pueblo? La posicion en el templo es generalmente de rodillas, respirándose por consecuencia el ácido carbónico desprendido con tantas respiraciones, y que como gas mas pesado que los componentes del aire, busca naturalmente la parte mas declive, como lo que sucede en lo que llaman los quìmicos la gruta del perro.—El templo de Guantánamo con sus grandes y numerosas rejas, es lo mas higiénico que darse pueda. Especialmente en los climas calurosos debian ser así todos los templos.

Pòr las razones que vamos esponiendo, es de necesidad durante las epidemies, aligerar los hospicios, casas de misericordia y de beneficencia, enviando la mayor parte á casas de campo, mas ó menos distantes del sitio de la epidemia. Nótese para que se vea cuan perjudicial á la salud, es siempre la aglomeracion de gente, que á pesar de la mayor limpieza, que á pesar de la mayor vigilancia y del celo mas escrupuloso y mas constante, ha sido siempre imposible evitar en esos asilos de beneficencia, ciertas enfermedades, que aun en los tiempos mas normales, padecen irremisiblemente cuantos en ellos se albergan.

Que por esto mismo, y por mas que la creacion de los hospitales sea el honor de las sociedades modernas, no hay duda que seria lo mejor no necesitarlos, pudiendo cada cual contar con los recursos suficientes para curarse en el seno de la familia á que pertenece.

Y si hablamos de los perjuicios que á la pública salud causa la aglomeracion de los vivos, con mucha mas razon á veces la aglomeracion de los muertos, y es por esto que en tiempos de epidemia, sobre todo, es cuando debe procurarse que los cementerios estén bastante apartados de la poblacion. Cuando el sabio Pa-

riset, fué enviado por el gobierno francés para estudiar las causas de la peste de Egipto, y vió que allì estaban los cementerios en las mismas casas, no habiendo cementerio general, sino cementerio de familia, atribuyó principalmente á esta causa el desarrollo de la peste. Tambien los moros y judios de Tetuan tienen sus cementerios casi dentro de casa, y entre ellos las epidemias de cólera y otras enfermedades son asaz frecuentes.

Las fondas son unos sitios donde se suelen cometer los mayores escesos. ¡Cuidado, sobre todo, con esas cenas, que me hacen recordar aquello de que

Mas mató la cena
Que curó Avicena.

Por lo que hace á los cafés, permítaseme decir de paso, que en las grandes poblaciones nótase un abuso de establecimientos de esta clase, que perjudica lo indecible. Plácenos ver, que la Inglaterra, tan práctica en todo siempre, es poco amiga de ellos. ¡Cuan singulares son los hombres, que no tienen un minuto para la vida privada, consumiendo toda su existencia con las expansiones y vanidades de la vida pública! ¡No parece sino que el hombre se avergüence de la única felicidad positiva que es la de la familia!

Y en tiempos de epidemia, necesitan los cafés de fumigaciones y desinfecciones por muchos conceptos. En primer lugar por la misma aglomeracion de gente. En segundo lugar porque á veces los que han esperimentado una desgracia, vánse naturalmente al café á tomar una copa quizás con las mismas manos con que han practicado las frotaciones ó manejado algun anticolérico. En las grandes poblaciones es una costumbre tan general, que hasta los zacatecas, despues de practicar algunas inhumaciones ó entierros, vanse al café á tomar algun refrigerio. Cuidado con fomentar allì el contagio moral con las exageraciones de las invasiones y defunciones de la epidemia.

Por todos conceptos es conveniente practicar diariamente desinfecciones en todos los lugares, donde pueda haber una escesiva aglomeracion de gente.

Y en el ejército, siempre que se pueda, es lo mejor. «¡Paso de camino mar!»

Y esto despues de fraccionar ó de dividir y subdividir todo lo posible la fuerza.

Permítasenos decir tambien, que en tiempos ó circunstancias epidémicas, debe improvisarse una sociedad de hombres caritativos y filántropos, consagrados á conquistar la gloria, que conquistar pueden consolando en los infortunios públicos de las epidemias.

El bien que estos caballeros pueden hacer es muchísimo, inmenso.

Ellos dan desde luego los avisos oportunos para combatir esos focos de miseria, con causa de toda epidemia.

Ellos avisan tambien acerca de los sitios anti higiénicos o sucios, en circunstancias en que tanto se necesita la limpieza privada y pública.

Ellos pueden persuadir á las familias de lo importante que es saber, que se trata de una enfermedad epidémica que avisa. Que el aviso es la diarrea, y que el que teniéndola, se somete á dieta, á un conocimiento blanco laudanizado y al uso de bebidas teiformes ó sudoríficas, no pasa á tener el cólera el noventa por ciento de las veces.

Ellos consuelan á las familias que han experimentado una desgracia, procurando que si ha habido una defuncion, no haya luego tres con las aflicciones y pesadumbres que fomentan el contagio moral constantemente.

Ellos se encargan de practicar las desinfecciones, en las casas donde han ocurrido alguno ó algunos casos de la epidemia reinante, sea que hayan terminado con la curacion, sea que hayan terminado con la muerte.

Ellos procuran que la traslacion de los cadáveres se verifique sigilosamente y á un depósito general que debe haber en el cementerio, donde pueden permanecer como en tiempos normales un nictémero. ¡Por Dios no enterremos vivos como siempre sucede por temor de contagiarnos de la epidemia! ¡Desgraciado del que cierra los ojos! ¡Cuanpronto despacharlo quieren!

Y la sociedad de que estamos ocupándonos, no debe llamarse «de amigos de los pobres,» puesto que en semejantes circunstancias todos son pobres, puesto que todos corren el mismo peligro de morirse.

Podia apellidarse «Sociedad de los Caballeros de la caridad» ya que tan grandes actos de caridad ejercen.

Y estos caballeros pueden practicar esos sublimes actos de caridad y de filantropìa, con tanta mas confianza de que á ellos no les ha de suceder nada, cuanto que, como si fuera una cosa providencial, precisamente los que consuelan en estas desgracias con mas desembarazo y con menos miedo, son los que se conservan mas sanos y mas ilesos. En casi todas partes parréceme haber visto este premio que à la virtud envia el Cielo.

Los caballeros de la caridad deben inspirarse siempre en los sentimientos cristianos, ya que ha demostrado la esperiencia siempre, que donde la filantropía se siente ya rendida y sin poder pasar adelante, allí principian los sacrificios de la gran virtud del cristianismo.

Nombres de las enfermedades epidémicas.

Cuál es entre todos los nombres de las enfermedades epidémicas el que infunde mas pavor, el que mas aterroriza las gentes?

¿Es el de la viruela? No: casi se pronuncia indiferentemente; como si las epidemias de viruela no fuesen las mas temibles, ya que las destructoras de la vida, de la salud y de la hermosura del hombre. Y una prueba de esa indiferencia es que está en nuestra mano el evitarlas, y no queremos: de tal modo así, que ya ni los gobiernos ni los pueblos hacen gran caso de aquel preservativo precioso que inmortalizará al médico de Berkeley en el condado de Glocester.

¿Es el del vómito prieto? No hay duda que infunde mucho respeto esta enfermedad, especialmente á los europeos, que si no vienen mas en número y mas alegres á visitar la América, es por el tifo de los trópicos, es por el tifo icterodes, es por la calentura adeno-nerviosa, es por el tifo amarillo, calentura amarilla, mal de Siam, tifo de América ó vómito negro ó prieto, que todas esas denominaciones tiene la enfermedad, caracterizada á la vez que por la coloracion amarilla de la piel, intenso lumbago y cefalalgia, por las hemorragias pasivas y una especie de poso ò precipitado de café, apellidado la borra. Pero todavia no es esta la enferme-

dad que infunde mas terror.

¿No es la disentería? ¡Ah, esta enfermedad producida con frecuencia por el abuso en los estimulantes, la mala alimentacion, pan ó galleta hecha con harinas averiadas, frutas verdes, pasiones deprimentes ó concentradoras, calor y humedad, siempre que llega á presentarse epidémicamente, es una enfermedad aterradora ciertamente. Díganlo los ejércitos en campaña de todos tiempos y naciones, y díganlo igualmente los europeos que quieren vivir en América como en Europa, y que tienen la desgracia de ser atacados de una enfermedad, que cuando constituye lo que llamamos la disenteria de sangre, no mata tan pronto como el vómito prieto, pero mata tambien. Sin embargo, no es esta tampoco la enfermedad que mas aterroriza á las gentes.

¿Cuál es, pues?—El còlera morbo

No hay cuidado que nadie me contradiga, por que es así.

Este nombre, cólera morbo, ejerce una influencia tan deprimente y aterradora, que no hay duda fuera conveniente sustituirlo con otro, si posible fuese.

Llámase tifo de la India, por su procedencia; tifo frio, porque ataca la caloricidad dejando esteriormente el cuerpo á la temperatura de la nieve; tifo azul, por la coloracion de las ojeras y del rostro; tifo del Ganges, por su cuna, ó causa primitiva, que es en las orillas del Ganges y á consecuencia del calor unido á la fermentacion y putrefaccion de sustancias vegetales y animales que originan el miasma productòr del tifo de la india.

¿Porque no le podiamos llamar psorenteria, ya que es otra de sus denominaciones tambien?

Los nombres influyen tan poderosamente en nuestra imaginacion, como las formas, apropósito de las cuales, dice el baron de Feuchstersleben en su higiene del alma, que una célebre duquesa, que al suicidarse por una cuestion de amores, hacíalo con un veneno líquido puro y cristalino, hizo exclamar á la duquesa al tomar la copa para matarse: «¡Lo que son los colores y

las formas... porque quien sabe si yo no me mataria, si asi como lo hago con una agua pura y cristalina, lo hiciera con un tóxico oscuro ó negro!»

A fin de convencer de que el nombre no es indiferente, no es cualquier cosa, vamos á citar un ejemplo, vamos á recordar una esperiencia:

Recuerdo que en Valencia, la ciudad del Turia y de las flores, visitaba en una de las primeras casas de comercio de la plaza del Mercado, casa D. José Lajara. El hijo mayor habìase apusilanimidado tanto con la presentacion del cólera, que, no obstante su robustez, inspirábame compasion siempre que me decia que tenia el presentimiento de que seria atacado de la enfermedad reinante. Y bien: como el miedo es una causa dispositiva tan de primer órden; como el miedo ejerce en efecto una influencia llamativa de la enfermedad, fué atacado. Al verle en la primera visita, le encontré constituido en tan peligrosa desanimacion, que por esto quise valerme para combatir al enemigo colérico de cierta sagacidad, ó como diríamos militarmente de cierta estrategia. Dirigíme al efecto cuando estaba tomando el pulso del enfermo, dirigime á los dos criados que me habian llamado, para decirles: «¿Porque me han hecho Udes. venir tan de priesa, diciéndome que era un caso de cólera?»—Si señor, me contestaron, nosotros creíamos que era un caso de cólera.—«¿Pero que esto mio no es cólera?» díjome interrumpiéndome el enfermo=¡Qué va á ser cólera, contestéle yo, si esto no es mas que un empacho gástrico ó indigestion, producida por la causa de que Ud. me estaba hablando ahora mismo!

Y era un formal ataque de cólera: empero el cambio de nombre que yo habia creido prudente hacer en atencion á la estraordinaria pusilanimidad y abatimiento de espíritu de aquel enfermo; el cambio de nombre produjo instantáneamente tan notable alegria y animacion en aquel colérico, que sentándose en seguida en la cama, y parando de vomitar, dijo abrazándome, que me queria mucho=se reaccionó prontamente=y yo atribuia luego aquella curacion, no tanto á

los remedios farmacéuticos y dietéticos que le propinára, como á los animadores ó paregóricos espirituales que le proporcionára con solo cambiar el nombre.

Hágase en muchos casos esta misma esperiencia, y estoy seguro que nadie se arrepentirà de haberla hecho.

Por el contrario, nada hay mas atroz y mas funesto que persuadir al enfermo de que tiene el cólera morbo.

¡El cólera morbo!=«¡Ya sé que es inútil que me hagan Udes. tomar nada, porque tengo el cólera morbo!» esto se oye con frecuencia ó el cincuenta por ciento de las veces.

Una gran prueba de lo que influye el nombre:

Cuando para evitar á todo trance el contagio y para localizar la enfermedad, se lleva á una enfermeria especial á los coléricos, la localidad ejerce una influencia tan aterradora, que muchos quedan repentinamente algidos y cianóticos ó azules, al entrar en ella. Yo he hecho la esperiencia de pulsar al colérico en el camino, y pulsarlo al entrar en la enfermeria epidémica, llamándome sobremanera la atencion, que el pulso que todavia estaba animado por el camino, desaparecia por completo, lo mismo que el calor, en el momento en que el desgraciado se veia enfrente de aquellos rostros cadavéricos. Ellos mismos expresan perfectamente la influencia del nombre, diciendo repetidas veces y aflictivamente: «¡Sáqueme de aquí, y le aseguro que sin tomar nada me pondré bueno!»

Mas todavia! los enfermos que solo presentan vómitos, diarreas y calambres al ser trasladados á la enermeria especial, la mayor parte pasan á la algidez y cianosis al verse colocados entre los coléricos, mientras que si por caridad, por consideracion á un estraordinario abatimiento ó apocamiento de espíritu, ó al menos por hacer una esperimentacion, se conserva algun tiempo entre los enfermos de enfermedades ordinarias, á los de los vómitos, diarreas y calambres, muchos de ellos se reaccionan y se reaccionan bien, puesto que se curan perfectamente.

Y semejante influencia del nombre, no se ve solo en las epidemias del cólera morbo; vése en todas, y en las de la calentura amarilla ó del vómito prieto desde luego.

Tanto así, que hoy dia en la mayor parte de los hospitales militares, ya no hay salas especiales para la enfermedad endémica. Yo mismo he podido convencerme de la funesta influencia que ejerce en el enfermo la conviccion de que ha sido atacado del vómito prieto, pues que se halla colocado en el departamento destinado á los que lo padecen; y mientras que colocados entre los enfermos de enfermedades ordinarias, tenia la satisfaccion de ver que se curaban arrojando la borra, los aislados en la enfermeria especial, tenian con frecuencia una terminacion funesta.

¿Cuando acabarémos de convencernos de que el hombre no es tanto cuerpo como espíritu?

Y en el terreno práctico de la medicina es necesario tener esa conviccion para tener mejor criterio y proceder con acierto.

Hé venido á decir todo esto apropósito de demostrar lo que influye en la imaginacion de los enfermos el nombre.

Porque el nombre de cólera morbo los aterra.

Y nada es mas conveniente que cambiarlo cuanto posible sea, bien á los individuos, bien á los pueblos.

Por lo que hace á los individuos, considero como un deber sagrado no decir nunca toda la verdad al colérico.

Ellos dicen con insistencia: «¡dìgame la verdad, si tengo el cólera!»—prueba evidente de que todavia no lo creen—¡Qué imprudencia, pues, pronunciar en seguida un diagnóstico que acaba en el instante con el poco valor que le quedaba al enfermo!

Lo mismo digo con respecto á las sociedades ó poblaciones— onsidero como una gran imprudencia y una insigne torpeza, la declaracion oficial de toda epidemia.

A esto se dice: ¿pero de todos modos no se sabe perfectamente?

En primer lugar, si se sabe ¿qué necesidad hay de decirlo?

Y en segundo lugar, ¿nadie se ha fijado en lo que suele suceder en casi todos los pueblos donde la declaracion oficial aparece en las esquinas y en los órganos de la prensa?

Nadie se ha fijado en esto?

Yo creo que todo el mundo, pues, que todo el mundo sabe que el dia en que se declara la epidemia, hay triple ó cuadruple número de atacados, á mas de que se trastorna moralmente el ochenta por ciento de las gentes

¿Cuando seremos bastante prudentes partiendo del principio de que el hombre no es tanto cuerpo como espíritu?

Por no partir de ese principio se cometen los mayores desórdenes y torpezas en todas, absolutamente en todas las epidemias.

Desde luego la declaracion oficial no sirve mas que para dar principio y aun para autorizar la conspiracion fúnebre.

Porque yo llamo conspiracion fúnebre á esa ocupacion oficiosa y exageracion constante é inconcebible de autoridades, periódicos, sociedades, fondas, cafés, casas de comercio, vendedores y revendedores, todos trabajando de mancomun dia y noche para crear mucha atmósfera colérica.

A la manera que en el terreno de la política, el partido que está conspirando, crea atmòsfera por medio de proclamas ó manifestaciones, por medio de exageraciones y decepciones, y diciendo que ha ocurrido esto, que ha ocurrido lo otro, y sin haber ocurrido nada, sucede que aquello basta, sin embargo, para marear á todo el mundo y hasta desarmar á las autoridades y á los gobiernos, triunfando la conspiracion, que nunca hubiera triunfado á tener los hombres de órden un poco de serenidad y valor; no de otro modo, estoy viendo que en el terreno de las epidemias, se crea atmòsfera con las manifestaciones oficiales, con las noticias de los periódicos, con las listas de los invadidos y

fallecidos, con los anuncios anti-coléricos, con los aparatos de entierros, y con ese fúnebre bulle bulle, que apusilanimida á todo el mundo, y que acabando con el ánimo de las gentes, es la causa principal de que se entronice, por decirlo así, la epidemia, y de que ocurran tantos infortunios, la mayor parte de los cuales no ocurrieran, á tener serenidad y prudencia para no dejar crear atmósfera, introduciendo órden en el desórden epidémico.

¿Se ignora acaso que lo moral produce lo material y vice-versa?

¿No se ha observado que las personas que se distinguen por su mal humor moral, vienen á caracterizarse tambien por sus malos humores materiales orígen de graves padecimientos?

Debay ha observado que en las personas apesadumbradas largo tiempo, sus afecciones nerviosas tienden á hacerse perniciosas, así como sus inflamaciones á terminar por gangrena.

La moral, las pasiones, ocupan casi siempre el primer lugar en la mayor parte de los humanos padecimientos, y en la enfermedad de que principalmente nos ocupamos, ó en el cólera morbo, ya vemos lo que resulta de las pasiones deprimentes ó concentradoras casi siempre.

¿Qué mas miasma del Ganges que el miedo? ¿Qué mas miasma del Ganges que ese terror constante fomentado á todas horas con la torpe publicidad de los pueblos donde reina la epidemia?

¿Y la publicidad para qué?

Solo pudiera sostenerse la conveniencia de la publicidad en cuanto hace referencia á las obras científicas destinadas á ilustrar mucho en la enfermedad de que tratamos.

Empero, si la mayor parte de las publicaciones de este género no son mas que copias y recopias de la etiologia, sintomatologia y terapéutica de otros autores. De tal modo así, que los que escriben algo sobre el cólera morbo, no hacen mas ni ménos que abrir cuatro ó seis libros y estractar aquello mas importante que en

ellos se comprende.

Por esto á todo el que va á proponerse escribir algo sobre el cólera, le diria yo si pudiera en el terreno de la franqueza: «¡Amigo mio, ¿Ud. nos trae algo de nuevo?—porque si no nos ha de traer nada de nuevo no se moleste Ud»!

Y para traer algo de nuevo, es preciso dejarse de copiar y recopiar, dejando por decirlo así los libros y leyendo solo en el de la naturaleza.

El cólera no debiera parecernos tan aterrador, y estoy seguro de que si llega á aterrar tanto á todo el mundo, consiste principalmente en que todavia no se ha establecido un plan, en que todavia no se ha llevado á la region práctica un sistema, en que todavia no ha aparecido quien introdujese órden en medio de tanto desórden como desgraciadamente hay en las epidemias todas.

¡Aquí donde huye todo el mundo es precisamente donde hay mucha gloria que conquistar, puesto que mucho que estudiar y mucho nuevo que descubrir, siendo un terreno completamente vírgen, por decirlo así!

Desafio á quien quiera probarme que ha habido órden en la epidemia de algun pueblo.

Por manera que en esto como en todo vése claro que los infortunios que Dios nos envia, los multiplicamos siempre los hombres con nuestros desaciertos.

Paréceme á veces que el còlera en vez de proceder del Ganges, procede no mas de los abusos y de las pasiones de los hombres.

Es preciso haber estudiado esta enfermedad mucho y haberla estudiado en la region práctica, para convencerse de lo conveniente que es en semejantes circunstancias lo que nunca me cansaré de repetir: «el obrar y el guardar silencio.»

¡Cuantas veces me ha ocurrido al asistir á una persona que se consideraba ya atacada, oirle decir lo siguiente: «Me he trastornado al leer hoy en los diarios las noticias sobre el cólera y sobre las muchas personas que están muriendo de la epidemia!»

Por esto, antes de entrar en la etiologia, sintomatologia y terapeútica, que con mis escasas fuerzas intelectuales, aprendiera abriendo cadáveres y visitando millares de coléricos, me ha parecido necesario hablar de las inconsecuencias y torpezas en que por do quiera se incurre, al fomentar la publicidad de una enfermedad, que por razon del contagio moral, cuanto mas se la nombra, mas se la multiplica siempre.

¿Quién que ha asistido siquiera á una epidemia, no ha visto que esto es así? ¡Cuantos han muerto por el miedo!

¡Por Dios, que el cólera está muy léjos de ser todo eso que se figuran las gentes pusilánimes, y estoy seguro de que si llega á aterrar tanto á todo el mundo, consiste principalmente (¡mentira parece!) en que todavia no se ha establecido un plan, en que todavia no ha aparecido quien introdujese órden en medio de tanto desórden, como por desgracia hay, y estoy dispuesto à demostrarlo, en las epidemias todas.

Vamos á hacer en este sentido un ensayo de órden. Conocemos que al efecto son necesarios talento y conocimientos; y sin embargo, no queremos desanimarnos, inspirados por estas palabras de un célebre práctico de la escuela francesa: «¡El hombre que de buena fé desea ser útil à la humanidad, no necesita para nada consultar con sus fuerzas!»

Las causas de las enfermedades epidémicas.

Vamos á fijarnos ahora en un punto de tanta importancia como lo es la «etiologia» ó el conocimiento de las causas de las enfermedades epidémicas.

Y no se lleve á mal me permita decir, que tanto sobre este punto como sobre todos los demas que hacen referencia á la historia de estas enfermedades y muy especialmante del cólera morbo ó tifo azul, he creido conveniente consultar casi esclusivamente la esperiencia ó los hechos, desembarazándome de folletos y de libros, á veces tan faltos de verdad y de criterio, que diríase eran copias y recopias hechas por hombres que no habian visto un caso de epidemia; es decir, hechas por escritores de gabinete.

Permitiéndome un lenguaje vulgar, diré que me he desengañado tanto sobre el particular, que en lo sucesivo no he de dar importancia á todo lo que no sea práctica y buena práctica en este terreno.

¡La práctica en todo y en la medicina muy especialmente!

¡Que mucho que así como los grandes guerrilleros y generales se han formado con la esperiencia de las batallas ó en la region práctica de la guerra; los grandes hombres pertenecientes á la primera de las ciencias, que es la ciencia del hombre, que es la cien-

cia médica, háyanse formado en el terreno práctico de las enfermedades y en el terreno de las epidemias!

Nada mas importante para el médico que consultar siempre en primer lugar ese libro desencuadernado, cuyas páginas las forman los enfermos de las diarias observaciones que vienen á formar su esperiencia.

No me pesó en el año de 1854, y cuando recomendado por Gobernadores tan dignos como D. Celestino Mas y Abad, y D. Cayetano Bonafox, fuí á estudiar la epidemia; no me pesó desembarazarme de todos esos libros escritos solo en el gabinete, para consultar no mas la experiencia (que con razon suelen llamar las gentes la madre de la ciencia.)

Y la esperiencia, ó sea la observacion de los hechos, inspiróme desde luego y por lo que hace á la etiologia ó las causas la proposicion siguiente:

«Considero la enfermedad conocida con el nombre de cólera mórbo asiático, como esencialmente contagiosa: la opinion contraria hará que en esta parte no se establezca nada de importante para la preservacion y curacion, haciendo inacabable este azote que atérra á las gentes.»

Por manera que tuve la especie de temeridad de decir que el cólera era una enfermedad contagiosa: temeridad verdaderamente, puesto que entónces era luchar contra la opinion reinante en todo el mundo.

Y contagionista entusiasta, permitíme hablar con peligrosa insistencia, acerca de que admitia como causa de la enfermedad en cuestion, un contagio material y un contagio moral.

Y ¡cosa singular! he visto que generalmente no se cree mas que en el segundo, es decir, en ese contagiarse del miedo, del terror, del abatimiento, y de todas las pasiones deprimentes ó concentradoras, consecuenciales con frecuencia á haber aparecido en la casa que uno habita, un caso de cólera.

Pero en el contagio material, no, sin embargo de que es preciso estar en oposicion con la evidencia y con la luz para no creerlo. Y si siempre he insistido en él contra la opinion reinante, es porque lo considero de

tanto interés, de tanta trascendencia, que en mi humilde entender, entre las varias cuestiones que hay que resolver para que estas modernas epidemias no vengan mas á aterrorizar las gentes, la cuestion del contagio es la cuestion número primero.

Yo no sé porque especie de interés háse estado negando el contagio de las enfermedades que estamos estudiando, sin tener en cuenta al menos los adagios, que son la misma experiencia: experiencia que ha hecho decir, que todo se pega en este mundo menos la salud y la hermosura.

La cuestion del contagio es en verdad de la mayor importancia, puesto que una vez admitido este principio, que para mi es una verdad incontestable, dedúcese naturalmente la consecuencia, que debemos aislar siempre, y aislar con el mayor esmero los casos que se vayan presentando do quiera, con el propósito de que no se propague la enfermedad.

Estamos ocupándonos especialmente de un padecausa de desarrollo estará muchas veces en las malas cimiento, cuyas condiciones higiénicas de los paises; pero sin olvidarnos nunca de que la causa principal es procedente de las orillas del Ganges; como la peste de bubon, de las orillas del Nilo; como la viruela, de un virus, contra el cual no se ha querido emplear el preservativo precioso é infalible de la vacunacion; como la disentería castrense, de las malas condiciones higiénicas de los campamentos, y como el vómito prieto, que tanto nos horroriza con la borra, procede de calores desmesurados y de infecciones marítimas en las mortíferas cuánto encantadoras costas de los mares de los trópicos!

Apropósito de la cuestion del contagio, recuerdo haber oido decir con frecuencia, que si el cólera morbo fuera una enfermedad contagiosa, perecerian en primer lugar los médicos, y en segundo lugar la mayor parte de los que asistieran á los enfermos de la epidemia.

¡Ah, vengan argumentos de este género!

Yo no me permitiré contestar sobre el particular sino con razones tan incontestables como lo son de suyo las cifras ó los números.—¡Cuatrocientos médicos mu-

rieron de cólera en el 54 y en el 55 en la Península, salvo error!—Solo en un pequeño distrito de Castellon de la Plana, donde murió un hermano mio político, el acreditado práctico D. Joaquin Ibañez Lahóz, solo en este pequeño distrito, en los primeros dias de arreciar la enfermedad, murieron diez y siete.

En la última epidemia ocurrida en la ciudad de Valencia han muerto doce de los facultativos mas notables de aquella escuela, que por mucho tiempo ha sido el Mompeller de la Península.

¿Y por qué han ocurrido la mayor parte de las numerosas bajas del cuerpo de Sanidad Militar, durante la campaña de Cuba? Por el cólera: solo en el batallon de Cazadores de Pizarro murieron tres, que como los demas eran dignos hijos de aquel que fué Hipócrates, que nunca quiso ser mas que Hipócrates, y que como prueba de que al mitigar el dolor y al trabajar por el bien de la humanidad, hacíalo sin interés, hasta

Los presentes desprecia
Del que humillar queria
Las glorias de la Grecia.

¡Cosa singular, como la providencia hace que alcancemos el bien del mismo mal, vése en contraposicion á las veces, que no hay por decirlo así, preservativo mejor que el hábito de estarse rozando á todas horas con los coléricos, no sé si por aquello de que el hábito de obrar embota el sentimiento como dice el inmortal Bichat en sus preciosas investigaciones sobre la vida y la muerte!

Y aunque así no fuese (¡qué lo es!) nunca debe ser accesible á la debilidad ó á la cobardia el alma del sacerdote del Dios de Epidauro, que como la del sacerdote cristiano, ó como la del militar valiente, no solo procuran desterrar de los corazones el dañoso terror á los peligros, sino que están dando consuelos y animando á los demás en los momentos mismos en que sintiéndose ya heridos mortalmente por la bala ó por la enfermedad, comprenden que es llegada la hora de dejar bien puesto su honor, ya que está cercano el último suspiro, ya que se acaba la vida.

No hay duda que el médico y el sacerdote son los hombres de los grandes infortunios do quiera.

Por lo demás, como la repeticion es el secreto de la enseñanza, repetimos, que el cólera no lo trae tanto el aire como el hombre, y es por esto que á veces parezca una especie de ser viviente que camine como el hombre.

¡Qué mucho, si las caravanas de los moros, si las familias errantes de los judíos, si los mercaderes, si los marinos, y sobre todo los ejércitos, puede probarse con la historia en la mano, han sido en todos tiempos los que han llevado á todas partes el jigante de las orillas del Ganges!

Por lo que hace á las caravanas de los moros, no solo son poderosos medios de trasmision de la enfermedad de que nos estamos ocupando, sino que esto que viene á ser un hecho, se explica perfectamente en la region teórica, teniendo en cuenta la vida, las tradiciones, las costumbres, y hasta los vestidos mismos ó trajes de los hijos de Mojamed.

A ellos les está prohibido por el profeta leer ningun otro libro que no sea el Corán. ¡Cómo, pues, han de leer los libros de la ciencia del hombre y de la hijiene, que si bien hacen justicia á los trabajos inmortales de los Avicena, de los Abberroes, de los Rhasis, Albucácer, Abenzoar y otros, que fueron el honor no solo de la medicina islamita, sino cristiana y europea de aquellos tiempos, condenan, sin embargo, y condenar deben muchas de las prácticas del fanatismo y de la supersticion!

Yo he visitado esos paises, durante la gloriosa campaña de Africa, y he venido á considerar la Mauritania como foco de muchas enfermedades epidémicas.

¿Cómo ha de haber allí hijiene pública, si allí casi no se conoce la vida pública?

Aquello es el reverso de la medalla de lo que pasa entre nosotros: allí es todo vida secreta ó privada, como aquí todo es vida social ó vida pública.

El completo abandono de todo lo que se refiere á la salubridad en las estrechas y entoldadas calles de

aquellos almizclados, misteriosos y laberínticos barrios, hízome sospechar, que quizàs á veces se encontrarian allí los focos de las aterradoras epidemias. que en ambos mundos vienen á servir de sangrias contra la mundanal plétora.

¿Y qué diremos de las familias de los judíos, que al llevar esa vida errante, que viene á ser una profecia en accion, llevan á veces tambien por do quiera las afecciones epidémicas?

Aunque en lo que debemos ocuparnos con especialidad, es en lo que pasa en los ejércitos, inseparables en tiempo de campaña, de toda clase de epidemias

Obsérvase tan constantemente esto, que diríase era un castigo de la Providencia, que no quiere esas luchas sangrientas entre los miembros de la gran familia humana, que en vez de odiarse, debiera amarse y protejerse .....

.....

De tal modo es verdad lo que estaba diciendo, que para no retroceder á tiempos muy apartados, nos bastarà fijarnos en una cifra ó número con relacion á la campaña que sostuvimos en el bajalato de Tetuan, en Marruecos.

Habíanse improvisado diez y ocho hospitales en la poblacion de Ceuta, y en ellos entraron veinte y un mil enfermos, de los cuales hubo mil setecientos heridos, diez mil coléricos, siendo todos los demás enfermos de diarreas pasivas, de disenterías, de fiebres tifoideas y de otras afecciones comunes.

Por manera que al lado de la cifra de solos mil setecientos heridos, vimos la espantosa de diez mil coléricos!

Es por esto pueda verse en algunas épocas históricas, la coincidencia de que donde se forman los grandes generales, fórmanse igualmente los grandes médicos; y para probarlo no hay necesidad de recordar campañas del tiempo de los Asclepiades en la antigua Grecia, ya que en las del siglo mismo en que vivimos, vemos que al rededor del hombre fundido para la guerra, no solo se formaron los Murat, los Ney, los Massena,

y otros que desde soldados y aun tambores, ascendieron á generales y á reyes; sí que tambien formáronse médicos que como el baron de Desgennettes, que como el baron de Larrey, y que como Broussais, no solo merecieron que Napoleon el grande los tuviera de consejeros y amigos, admirado de su sabiduria y admirado de ver hasta que punto sabian llegar siempre entre heridos y epidemiados, sabian llegar hasta la brecha de su profesion; sino que esos grandes médicos formados entre el estruendo y el fuego de las batallas, vinieron à remar como colosos en el terreno de la ciencia, y produjeron la revolucion médica del año mil ochocientos diez y seis!.. .....

.....

Nosotros, en estos años de vida de manigua ó de guerra hispano-cubana, ¿no hemos estado viviendo contínuamente entre variolosos, disentéricos, coléricos y tifoideos?

Con respecto á la viruela, es notable la gran predisposicion que tienen á contraerla los hijos del pais. Por cada varioloso que ha habido peninsular ha habido insulares mas de cien. Esto nos ha salvado hasta cierto punto de un conflicto. Calcúlese lo que hubiera pasado, si el ejército se hubiera estado contajiando de la viruela contínuamente.

Nuestro batallon de Colon pasó por Sancti-Spíritus, que estaba sufriendo una gran epidemia, y no tuvo novedad. Pasamos luego por Moron, donde parecerian increibles los estragos que producia la viruela, matando á personas de todas edades, pues que mis amigos los Sres. Bravo, por ejemplo, eran vigèsimos. Y fué necesaria toda la cooperacion de autoridades, como Lamela, de facultativos como Jacobi, y de particulares como Grandal, para consolar á las familias y hacer frente á la epidemia. Nosotros nada tuvimos, sin embargo.—Pasamos á Ciego de Avila, y los horrores de la viruela fueron todavia mayores, puesto que esta enfermedad, no solo diezmó completamente la poblacion, sino que el pus de aquellas viruelas confluentes, era tan atrozmente corrosivo, que destruia los párpados y las

facciones, antes de ocasionar la muerte. Nosotros nada tuvimos, sin embargo.=Unicamente en la espedicion memorable de los treinta y ocho dias por las lomas de Cubitas, por la Guanaja y Sabana la mar, Isabel del Canasí y Ceja de Monte Malo tuvimos dos casos de viruela.

Por lo que hace á la enfermedad endémica, cuando el vómito prieto se presenta durante las operaciones, casi siempre la causa ocasional ha sido la insolacion. Tal fué la causa en un alférez de Colon, el pundonoroso Sr. Omedes, que fué acometido de esta enfermedad en Tahuasco (Sancti Spíritus) y que no obstante los inconvenientes de las marchas curó con los vómitos, el aceite de almendras dulces, los ácidos, numerosas ventosas sajadas y los evacuantes del tubo digestivo.

La enfermedad endémica ó el vómito ocasionaria muchísimas menos defunciones, si los que vienen de fuera tuvieran siquiera en consideracion aquel adajio vulgar: «Do quiera que fueres haz lo que vieres.»

Se quiere vivir lo mismo que en Francia, lo mismo que en Inglaterra, lo mismo que en Alemania, lo mismo que en Europa, y este es un error de trascendentales y funestas consecuencias,

Señalo, pues, ya como una de las causas de la frecuencia con que se padece tan terrible enfermedad, el querer comer, el querer beber y el querer vestir en los paises mas cálidos de América, lo mismo que en los frios de Europa.

¡Por Dios, que es preciso de toda precision modificar el género de alimentacion y el género de vida á tenor de las exigencias del clima!

Parece mentira que esto no se haya hecho todavia en el ejército.

Aquí todo debe ser especial. Que por esto no pude ménos de leer con gusto el propósito de un digno ministro de la guerra que queria crear un ejército especial en la Isla.

Sí, aquí todo debe ser especial.

No puede ser la alimentacion de allá, ni el vestido ó el uniforme de allá, ni el mismo modo de vivir de allá.

No hablo sin motivo, ya que muchas veces se quiere usar el mismo rancho, se quiere dar el mismo uniforme y se quieren practicar los mismos ejercicios ó fatigas.

Ya se sabe que el alimentò cargado de muchas especias favorece considerablemente en estos paises el desarrollo de las diarreas y de las disenterías. De aquí el uso del arroz blanco, que siempre que està bien hecho, prueba bien porque se dijiere perfectamente. Por el contrario, los extranjeros, y muy especialmente ingleses y alemanes, que gustan de usar la mostaza aquí como en sus paises, pagan con frecuencia bien cara esta inobservancia de la higiene.

En el ejército se presenta tanbien la diarrea y la disenterìa por el uso de frutas verdes, ó por usar inconvenientemente las maduras. Por ejemplo, los mangos que por abundar tanto en todas partes en la Isla de Cuba, es quizás una de las frutas que mas se comen, es tambien una de las causas principales de los padecimientos en cuestion. Porque como los mangos son agradables, pareciéndose al melocoton, se comen demasiado, trastornando las funciones dijestivas con tanta mas frecuencia, cuanto que en vez de chupar solo el jugo, como hacen los hijos del pais, comen todo el estropajo, que por razon de su ninguna dijestibilidad ni fuerza nutritiva se arroja intacto con el escremento.

El querer usar el mismo vestido que allá es tambien causa de los padecimientos endémicos. Casi compadezco á todos los recien llegados que me vienen con paños y lanas por estos climas calurosos.

Y en lo cual no influye solo el género sino hasta el color.

¡Cuántos que han perdido un pariente ó uno de su familia, tienen que dejarse el luto al poco tiempo de vestirlo, pues que el color negro, que por una ley física, absorve los rayos caloríficos y luminosos, ha bastado para ponerlos enfermos!

Y sin embargo, ha habido épocas en las cuales se ha usado aquende el mismo uniforme de allende, al

ménos con muy poca diferencia.

Refiérome á èpocas de paz, que lo que es en las de guerra, como la que corremos, no es posible vestir mas que como se viste, aunque no con tanto desabrigo.

No dejaria de chocar á cualquiera de por allá el aspecto de nuestros batallones en la manigua. Ha habido cuerpos como, por ejemplo, mi batallon de Cazadores de Colon, que casi durante tres años, no ha usado divisas ni verdadero uniforme, para hacer mejor las sorpresas. Y como todo se rasga y destruye con el roce contínuo con los árboles y arbustos de la manigua, no es mucho que aparezcan al poco tiempo con la chaqueta, la chamarreta ó la blusa hecha girones, así como el sombrero de jipijapa y el pantalon de dril, que aparecen igualmente súcios y rotos en todos los cuerpos al poco tiempo de llevar la vida de flanqueo, de contraguerrilla, de sorpresas de campamentos, de manigua, en fin.

Tambien hay que hablar de las bebidas, apropósito de las cuales es bueno advertir que una de las mejores en estos paises es el café. Recuerdo que el autor de una de las mejores obras de medicina de nuestros dias, Mr. Trousseau, dice en elogio del café: «Estoy seguro que cada dia ha de ser mayor el número de los consumidores del café.» Y yo estoy seguro tambien de esto en estos paises, donde prueba escelentemente.

Tanto así, que no perjudica generalmente aun cuando se tome con esceso, lo cual no puede decirse ciertamente de las demás bebidas, que, como por ejemplo, los alcohólicos, llegan á convertirse en los mayores hipostenizantes ó debilitantes de nuestro organismo, cuando se abusa de ellos.

El abuso de los alcohólicos en una causa dispositiva y ocasional del vómito prieto, en la juventud así como de la disenteria en la vejez.

Y por lo que hace al cólera, asi como dos copitas diarias de rom ó de aguardiente al dia pueden entrar en el plan preservativo del cólera, demasiadas copas pueden ser su causa ocasional.

Todo esto de que nos estamos ocupando interesa

tanto como á los pueblos, à los ejércitos, pues que, como hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir, en las campañas no hay que pensar tanto en los peligros de las balas, como en los peligros de las enfermedades ó de las epidemias.

¡Díganlo sinó los infortunios ocurridos en las famosas guerras de Crimea y de Africa, entre los aliados y los rusos, y entre los españoles y marroquíes!

¿No es verdad que murieron en Crimea, Lord Ráglan, general en jefe del ejército inglés, y Saint Arnaud, general en jefe del ejército francés? ¿Y fué acaso por heridas de balas o por heridas de otras armas? No, que fué por las mismas enfermedades, que por razon del contajio favorecido con la gran aglomeracion de gente, estaba diezmando aquel incomparable ejército.

Lo mismo exactamente que sucedió en nuestra memorable y por siempre gloriosa campaña de Marruecos. ¿Cuántos generales murieron allí por las balas, sin embargo de haber imitado todos al comandante en jefe, que apareciera en medio de los peligros como un general que marcha á una parada, y aun à veces como un soldado que se enamora de la muerte? Ninguno, y sin embargo, el teniente general Excmo. Sr. D. Diego de los Rios y Rubio, murió del cólera morbo.

La facilidad en contajiarse de las afecciones epidèmicas, nótase igualmente que en los ejércitos, en los hospitales, en los hospicios, y do quiera haya mucha aglomeracion de gente.

De aquí el que fundàndonos en esta clase de observaciones etiolójicas, vayamos deduciendo ya consecuencias importantes para la terapéutica, puesto que se alcanza á comprender cuán conveniente será siempre en afecciones epidémico-contajiosas, el evitar, siempre que nos sea posible, las grandes reuniones de gente, ó lo que es lo mismo, procurar á todo trance la diseminacion y el aislamiento.....,...
.....,.....,.....

Y puesto que hemos de continuar un estudio tán importante como lo es el de la etiologia ó de las causas de las enfermedades epidémicas, vamos á dividir-

las á fin de facilitar la memoria, en las que obran sobre los órganos de la nutricion, las que obran sobre los órganos de la vida de relacion y las que ejercen su influencia sobre la vida de la especie ó sobre los órganos genésicos.

Por supuesto que las causas de que ahora vamos á hacer mencion, por lo que hace al cólera morbo, no serán generalmente poderosas para producir por sí solas la enfermedad de que nos estamos ocupando. El cólera es una especie de envenenamiento, producido por un tóxico, que se ha comparado á ciertos venenos narcótico-acres, como por ejemplo los hongos, que se desarrolla en la India en las orillas del rio Ganjes, desde cuyo punto es trasmitido á Europa, á América y á todos los pueblos, y á todas las clases, condiciones y edades, y por unos medios de comunicacion de que ya nos hemos ocupado anteriormente.

Por manera que las causas de que vamos á hablar, son de las comprendidas entre las dispositivas y ocasionales de la enfermedad en cuestion.

Y si damos en esta etiolcgia comienzo por las que obran sobre los órganos de la digestion, es porque nos ha enseñado la experiencia, que todos los desórdenes dijestivos, desde la simple indijestion hasta la irritacion ò inflamacion, son como la puerta ó entrada del cólera morbo.

Las mismas gentes estrañas á lcs conocimientos médicos, están tan convencidas de esto, que en lo primero que piensa todo el mundo es en la clase de alimento y bebida que hay que tomar desde luego que se ha declarado algun caso de cólera; hasta he conocido muchas, muchísimas personas, que sin embargo de estar completamente sanas, se hallaban sometidas á una rigurosa dieta, abuso que debe censurarse, pues que precisamente lo que conviene en estos casos es estar fuertes y vigorosos; y así como el vómito prieto, tifo iteródes ó calentura amarilla ataca con preferencia á los sanguíneos y pletóricos y que vienen con un sistema gastro-hepático y muscular envidiables; el cólera, tan prefiere á los dèbiles, que suele llevarse por es-

to en mayor número á los ancianos, á los niños y á los convalecientes, así como á los linfáticos, á los que abundan en humores blancos y á los enclenques.

Nada de alterar jamás el régimen alimenticio que se usaba, porque esto, sea dicho de paso, es tanto mas censurable, cuanto que el organismo lleva siempre á mal cualquier cambio repentino, y que la costumbre, como decian los antiguos, es una segunda naturaleza. Sin alterar, pues, el régimen habitual, aumentar un poco la dieta animal ó la carne, que debe usarse, no frita, pues que los fritos son propensos á indijestiones, sino cocida, ó mejor todavia asada.

Es oportuno que al mismo tiempo que la etiòlogia, vayamos diciendo algo de terapéutica.

En lo que debe irse con cuidado es en los postres. Proscríbanse las ensaladas y las frutas verdes, y aun en el caso de usar las que están sazonadas, facilitar la dijestion con alguna dósis de vino puro, que dígase lo que se quiera, es conveniente, si bien no debe llevarse al estremo de aquella escuela que decia: «cuando comas piña, bebe tanto, que ande la piña nadando.»

Nunca mas que en los tiempos de epidemia colérica es conveniente se alimente bien todo el mundo, ya que es tan conveniente estar fuertes, es conveniente procurar por el acrecentamiento de las fuerzas radicales, ó por todo aquello que contribuye á aumentar, no solo la fuerza de asimilacion, sí que tambien la fuerza de resistencia vital del organismo.

¡La miseria es la prima hermana de toda epidemia: lo sé por esperiencia!

Es por esto, que hasta por egoismo debamos evitarla á todo trance, procurando cada cual en su clase, elevar hasta virtud el desprendimiento.

Compréndese fácilmente que al mirar por los intereses de la pobreza, miramos tambien por los de la la aristocracia de la riqueza.

¡Quién lo duda!—Casi siempre las personas mas notables suelen recibir el contajio de las personas mas insignificantes y pobres —¡Con qué, á protejerlas! es decir, á protejer como se pueda, al que no tenga ves-

tido, al que no tenga cama, al que no tenga, en fin, recursos suficientes para resistir al jigante del Ganjes con fortaleza.

Hoy dia hay en todas partes mucha gloria cristiana que ganar en este concepto, ya que en todos los pueblos de la Isla de Cuba es estraordinaria la miseria, consecuencia natural de los desastres incomparables de la revolucion y de la guerra.

Por manera, que al mismo tiempo que vamos tratando de la etiologia ó de las causas, parécenos que encaja ó que es conveniente irnos ocupando de los remedios precautivos ó de la terapéutica.

«Mœlius est precavere quan curare», mejor es precaver que curar. Axioma médico del padre de la medicina Hipócrates, que si es aplicable á todos los males, éslo con preferencia á los males epidémicos.

Y pues que al hablar de los alimentos, hablamos de las sustancias que se injieren ó se introducen en el aparato de la dijestion, no me parece inoportuno, ya que hemos mencionado los abusos que se cometen con el régimen alimenticio, mencionar igualmeute los que hacen referencia al uso inconveniente de los medicamentos.

Porque sabido es lo que ocurre, sin excepcion casi de circunstancias, épocas ni lugares; sabido es lo que ocurre con respecto al mundo anunciador.=Como los hombres de frio cálculo y especulacion, suprimen el corazon cuando calculan, anuncian pomposamente remedios anticoléricos tan convenientes, que muchas veces en vez de evitar la entrada del mal, le abren la puerta.

Bueno es que las autoridades celosas prohiban anuncios de este género.

Y si la necesidad de semejante prohibicion háse reconocido ya por publicistas y autoridades de todas partes, ¡que será en los pueblos de esta Isla hermosa, donde los Bristol, los Ayer y los Holloway, saben tanto, que diríase trataban de convencer á las gentes crédulas de que son ya innecesarios los cementerios!

Paréceme tanto mas necesario hablar el lenguaje de la verdad en este terreno, cuanto que semejantes

exageraciones del mundo anunciador, perjudican lo que no es decible à la circulacion de los medicamentos que constituyen los grandes recursos terapéuticos.

Dirìase que la humanidad era tan desgraciada, que hasta propendia á que se la engañase siempre, justipreciando el mérito ó la virtud de un medicamento, por lo que cuestan los rótulos de color de plata ó de oro, que parece no debieran seducir tan fácilmente.

Ya que en tiempos normales no podemos impedir que hombres de cálculo y de negocios, hagan su negocio, impidámoslo al ménos á todo trance en tiempos de epidemia,

En la epidemia del 55 en España un especulador anunciábase vendiendo unos collares magnéticos, que no permitian de ningun modo la entrada del cólera al que lo llevára puesto, y era tan extraordinaria su eficacia que la mayor parte de los cadáveres de los coléricos lo llevaban puesto, viniendo á ser luego los enterradores los que vendian el infalible remedio.

Y siguiendo el estudio de las causas del cólera morbo segun el órden que antes estableciéramos, resulta, que como entre las funciones de nutricion ó de asimilacion, aparece despues de la digestion, la absorcion, encaja mucho el recordar ahora aquella especie de ley fisiológica que dice: «Que la absorcion se halla siempre en razon inversa de la cantidad de líquidos en circulacion.»

Que para ponerlo al alcance ó comprension de las personas extrañas á los conocimientos médicos, quiere decir: «Que cuanto mas débil, mas desalimentada se halle la persona, mas predispuesta se hallará tambien para absorver los miasmas, tóxicos ó venenos productores del cólera.»

Semejante ley fisiológica es conveniente que la tenga presente todo el mundo, pero muy especialmente los profesores médicos, los sacerdotes, y todos los que tienen que rozarse contínuamente con los coléricos. ¡Cuántas monjas de la caridad han muerto por meterse á respirar desde las cuatro de la mañana la atmósfera del cólera morbo, sin haber querido tomar

ántes una taza de café!

Yo estaba estudiando el cólera en el año 55, visitando al efecto numerosos pueblos, en los cuales el Excmo. Sr. D. Celestino Mas y Abad, uno de los mas ilustrados gobernadores civiles, hizo imprimir para enviar à todas partes mis modestos consejos higiénicos y anticoléricos. Y bien; hallándome en Monovar, pueblo de la provincia de Alicante, practiqué en el cementerio la autópsia de uno que habia muerto en cuatro horas. Eran las tres de la tarde, y como no habia tomado ningun alimento, fuí atacado del cólera al anochecer.

Si, la absorcion hàllase en razon inversa de la cantidad de líquidos en circulacion.

Sigamos hablando de las causas que obran sobre las restantes funciones de nutricion

Por lo que hace á la calorificacion ó à la funcion del cuerpo que produce el calor, permítaseme decir, que considero de tanta importancia el evitar las causas catarrales ó fluxionarias, que á la vez que disminuyen la transpiracion cutánea ó de la piel, disminuyen igualmente el calor, que censuro y no puedo menos de censurar esa propension al desabrigo y á la desnudez, sobre todo en los climas calurosos, donde al mismo tiempo que se lastima la decencia, se lastima la salud del cuerpo.

¡Por Dios, que en tiempo de las visitas del gigante de las orillas del Ganges, es sobre todo conveniente cerrarle la puerta cutánea con el abrigo conveniente!

En los campamentos es oportuno hacer reconocimientos á la media noche para ver si está alguno desnudo, puesto que corre el peligro de que á la madrugada le despierten los calambres del sueño mas profundo.

Mucho de abrigo. Y para que semejante advertencia no se pierda de la memoria, podemos recordar, que el período algido ó el periodo del enfriamiento es en el cólera, lo que el de la borra en el vómito prieto.

Mucho de procurar mantener el calor de la piel, y de tal modo así, que aun despues de atacados, puede decirse generalmente que se han salvado, los que à

beneficio de la naturaleza ó del arte, experimentan, por decirlo así, una lluvia de sudor.

En todo lo que sigo diciendo, guíome, no por lo que leyera en los libros de mi biblioteca ni de ninguna biblioteca, sino en las páginas formadas por los coléricos y por los cadáveres que abriéra en los presidios y cementerios.

En cuanto á las causas que influir pueden sobre los órganos de la respiracion, como, por ejemplo las agitaciones de todo género ó los desasosiegos, consecuenciales á trabajos corporales y mentales desmedidos, basta para comprender su importancia, saber, que el período gravísimo apellídase tambien «asfixico ó asfítico» (quiere decir, falta de respiracion), y que suele comenzar por un síntoma tan verdaderamente colérico como lo es la afonia ó la falta de la voz.

¡Voz sepulcral, apellídase por esto á la de los infelices coléricos!

Por esto que todas las causas agitadoras de la respiracion, pueden influir como causas ocasionales ó dispositivas del cólera morbo, deben disminuirse en todas las clases y condiciones lo mismo las fatigas del cuerpo que las del espíritu.

Que el propietario que está fabricando ó construyendo, lo mismo que los hombres del campo, de la industria, de las artes, del comercio, disminuyan las horas de trabajo de todos sus dependientes.

Debemos hacerlo hasta por egoismo, pues que si nuestros dependientes y nuestros jornaleros adquieren la enfermedad epidémica, ya nosotros la adquiriremos tambien; del mismo modo que si los soldados padecen la enfermedad colérica ó la disenteria, ó el vómito ó la viruela, ya tambien padecerán luego de todo esto los oficiales y los jefes.

Disminuir las fatigas. Y en el ejército mucho de aquel sistema higiénico del general Excmo. Sr. D. Ramon Fajardo, que siempre que está en operaciones, hace cada legua la detencion suficiente para fumar un cigarro de papel y que en todas sus operaciones diríase se guiava por estas palabras: «¡jamás he teni-

do priesa, y siempre he llegado á tiempo!».....

Tambien es importante mencionar todas aquellas causas, que como los catarrales ó fluxionarias, y que como los pesares y las pasiones de ánimo, influir pueden sobre el corazon y demás órganos del aparato de la circulacion de la sangre: puesto que para conocer su importancia, bastará decir que los síntomas de ese aparato, caracterizan tanto la enfermedad en cuestion, como la caracterizan la despulsacion ó falta de pulso en las radiales, en las carótidas y en el tronco celiaco, y, sobre todo, un síntoma tan del aparato circulatorio como lo es la cianosis ó coloracion azul, que se nota especialmente en los grandes ángulos de los ojos ó en lo que llamamos ojeras, así como en las estremidades torácicas y abdominales, sobre todo en sus órganos terminales, las manos y los piés.

En cuanto á las causas que obrar pueden sobre los órganos de la nutricion, réstanos decir algo tocante á los de las secreciones, entre las cuales no vamos á comprender por ahora los de la secrecion de las lágrimas, sin embargo de derramarse tan copiosamente en los tiempos de epidemia; como no comprenderemos tampoco los de la bilis y jugos gástrico y pancreático, que sea dicho de paso, en estas ocasiones suele ser tan conveniente expelerlos, que por lo mismo durante las epidemias he solido protestar contra la práctica ó la rutina de cortar en seguida el vómito («vomitus vomitu curatur,» el vómito se cura con el vòmito); ni tampoco los de la secrecion de la orìna, cuyas alteraciones constituyen, sin embargo, sintomas característicos; empero es preciso comprender entre las causas mas dispositivas del cólera, las pèrdidas desmesuradas de la secrecion destinada á las funciones genesicas, y como si fuera un castigo por visitar demasiado las casas que, hablando el lenguaje del santo obispo de Hipona, proporcionan las felicidades infelices.

¡Quizás por esto mismo ocurra de singular, que las enfermedades en cuestion elijan con preferencia á los recien casados en casi todas las epidemias!

Son tan convenientes y aun necesarias las bue-

nas costumbres en las situaciones escepcionales y morbosas de que nos estamos ocupando, que por esto suelo decir á veces en las expansiones amistosas, que no conozco mejor moralizador que el cólera morbo.

Y si ahora pasamos á ocuparnos de las causas que obran principalmente sobre los órganos de la vida de relacion, preciso es fijarnos en la influencia perniciosa del miedo, del terror. de la tristeza, de las pasiones de ánimo deprimentes ó concentradoras, así como de los disgustos ó pesares, y de todo cuanto con la palabra «contagio moral» comprenderse puede.

Es preciso insistir con frecuencia en el doble contagio del cuerpo y del espíritu.

Y si ocurre con frecuencia que el gigante de las orillas del Ganges no visita á las familias para llevarse á uno solo, esplicarse debe, no solo por la posibilidad del contagio material, respirando los mismos tóxicos coléricos que se desprenden por la transpiracion cutánea, por la transpiracion pulmonar, y sobre todo por los materiales parecidos al agua de arroz, que se arrojan por vómitos y diarreas; sino que tambien por la poderosa influencia moral que ejerce para trastornar completamente el ver aquellos rostros hipocráticos, pues que repentinamente caracterizados por aquellas afiladas facciones, por aquel cutis de mármol, por aquella instantánea demacracion, por aquellas ojeras cianóticas ó de color azul y aun negro, y sobre todo por aquel aterrador hundimiento de los ojos, que se van en seguida hácia el cogote, así como si fueran tirados por dos cordones, como decia el inmortal autor del Exámen de las doctrinas médicas, y del precioso tratado de las flegmasias crónicas, Mr. Broussais.

Y pues que estaba hablando del contagio, ocurréseme preguntar: ¿Habrá por ventura algo mas contagioso que el miedo?

¡Que vá á haber! Y es por esto sea de opinion, que en las epidemias torpemente dirijidas, sea por facultativos que jamás aprendieran en el libro de la práctica, que es el único que enseña; es por esto, digo, ocurra con frecuencia, que toma gran incremento la en-

fermedad, mas bien por el terror fomentando con las imprudencias y desórdenes de todo género, que por la cantidad que recibirse pudiera del tóxico colérico.....

Considero como un deber expresarme de esta manera. Ya dije en el comienzo que en una ocasion leí con indecible disgusto en una manifestacion pública: «Tengo que deciros, habitantes de esta provincia, que la mas aterradora de las epidemias se ha posesionado ya entre nosotros.»

¡Por Dios, que si Ud. el que se expresa así, tiene una gran dósis de miedo, ya que de esto ninguna culpa tienen los demás, hágame Ud. el favor de guardarlo todo para sì y no para contagiar à las gentes!

¿Sabeis lo que es el miedo? Es un estado de enervamiento y de indolencia que nos entrega sin defensa alguna y nos entrega en seguida á merced del enemigo que tenemos enfrente.

Esto que decia Goeth, es aplicable á todas las situaciones y á todas las circunstáncias, pero muy especialmente á las de una epidemia de cólera morbo.

¡Cuantas veces habré visto personas apusilanimidadas de tal modo, que adquirieron la conviccion de que iban á morir irremediablemente del cólera, y que sino murieron, fueron atacadas insensiblemente!

¡Tal es el poder de la imaginacion siempre!

Y lo que estoy diciendo de los individuos, puede decirse igualmente con referencia à los pueblos.

Y pues que son tantos los que he visitado en tiempos epidémicos, voy á permitirme recordar uno, Sagunto ó Murviedro, en el cual como en cada pueblo hay sus costumbres mas ó menos raras, habia allí la de que los serenos ó los que de noche cantaban la hora, eran tambien los enterradores.—Y habiendo mucho cólera, ocurria naturalmente que, como tenian que trabajar mucho de dia con las inhumaciones, quedábanse sin fuerzas para recorrer las calles de noche cantando el nublado ó el sereno.—Hacia ya mucho tiempo que las gentes no habian oido los serenos, cuando á un alcalde de muy bello corazon llamado D. Vicente Lopez, ocurriósele hacer cantar la hora desde las diez de la noche,

á fin de que se persuadiesen todos, que no habria ya mucho que enterrar de dia, puesto que los serenos cantaban la hora.=¡Y moria todavia mucha gente! Empero tal es el poder de la imaginacion, que desde la primera noche en que las gentes todas, sentadas à las puertas de las casas, celebraron con general algazara el canto de los serenos à las diez, interrumpido tanto tiempo, desde aquella noche (¡podria ser una coincidencia, pero así ocurrió!) comenzó á decrecer de tal modo el cólera, que ya no inspiraba ningun temor á las gentes, cantándose á los pocos dias el Te-Deum.

El inesperado canto de los serenos, por lo mismo que producia la alegria general, contribuyó poderosamente á desembarazarse del miedo.

Nada de tener miedo á esa enfermedad, nada de temer á un enemigo, á quien podemos hacer fuego con tempranidad, por lo mismo que se nos avisa, y la diarrea es el aviso.

Todavia no pasamos á ocuparnos de los síntomas anunciadores ó prodromicos, pues que es preciso completar las causas ó la etiologia.

Y para completarla, réstanos tratar de una de las influencias mas poderosas para adquirir la enfermedad epidémico contagiosa, réstanos tratar de las pesadumbres.

¡Cuántas veces habré visto morirse de un cólera casi fulminante à personas que acababan de esperimentar trastornadores disgustos!

Nunca podré olvidar al comandante en jefe del ejército de ocupacion de Tetuan, que á consecuencia de sinsabores vino á experimentar los síntomas del cólera morbo, de que sucumbió =Ya hacia dias que tenia diarrea, pero la despreciaba completamente (¡No hay, no, caso alguno verdaderamente repentino!); viniendo á estallar la enfermedad á consecuencia de disgustos producidos por varias desgracias en oficiales y en jefes, heridos ó asesinados por los moros, al pasearse aquellos por las afueras de la ciudad «sagrada», y que afectaron tan profundamente al Excmo. Sr. Teniente general D. Diego de los Rios y Rubio, que sucumbia á los

pocos dias con los síntomas tifoideos, consecuenciales al cólera morbo, no obstante la buena direccion facultativa de respetables jefes del cuerpo de sanidad militar.

Si, nada hay mas trastornador, y por consecuencia que abra mejor las puertas á una enfermedad epidémica que los pesares, á los cuales estamos espuestos todos y todos los momentos.

¡Cuidado con incomodarse ò disgustarse en tiempos de epidemia!—¡Que no se olvide esto!

Yo mismo, que en Veguita ó Naranjo (orillas del rio Buey y camino de Bayamo), hacia ya tres dias que me sentia intoxicado, pues que como decia á aquellos queridos oficiales y amigos, sentia de vez en cuando calambres en las pantorrillas; no fuí atacado, sin embargo, de los vómitos, de las diarreas, descomposicion del semblante y polidipsia, hasta despues que tuve un disgusto.

¿Y que diremos ahora por lo que hace á las causas de las horrorosas epidemias de viruela?

Pues que aunque nos ocupemos principalmente del cólera morbo ó tifo azul, interesarnos deben tambien las viruelas, el tifo amarillo ó calentura amarilla, etc.

¡Ah, permítasenos decir, que la causa principal de las aterradoras epidemias de viruelas, hace bien poco honor á la humanidad, ya que estriba principalmente en el abandono que por parte de gobernantes y de gobernadores, nótase ya hace tiempo en todo lo que hace referencia al preservativo precioso é inestimable, que hiciera inmortal al médico de Berkeley en el Condado de Glocester, el inglés Eduardo Jenner!

El hombre va haciéndose un ser tan singular, que hasta se complace en combatir y desechar aquello que mas le conviene y mas puede contribuir á su salud y á su bienestar.

¿Es posible que hasta se haya combatido la vacunacion?

Yo no sé porque no se han de recoger los títulos de esos indignos facultativos extranjeros, que por la cruel vanidad de negar, hasta niegan los beneficios de

la vacuna, que es siempre tan eficaz, que aun en las epidemias mas horrorosas, vése generalmente que las personas bien vacunadas no contraen la viruela, ó si la contraen, es tan benigna, que generalmente viene á ser mas bien la viruela loca o varicela.

¡Como se juega en el mundo con los mas caros intereses de la humanidad, solo por querer expresarse de un modo nuevo, es decir, por querer satisfacer el orgullo de cosas pequeñas!

¡Y como si la viruela fuese una enfermedad cualquiera, cuando puede probarse hasta la evidencia, que cuando se presenta con toda intensidad y epidémicamente, es asaz mas temible que el cólera!

¡Díganlo sino los que en la campaña de Santo Domingo tuvieron lugar de observar la viruela negra!= Yo estuve encargado de esta especialidad en Montecristi, y recuerdo que los enfermeros mismos retrocedian ante aquellos mónstruos en que venian á convertirse los soldados mas guapos del ejército, habiendo necesidad de reprenderlos no solo con la palabra, si que tambien con el ejemplo, pulsando y tocando la cutis de aquellos cuerpos completamente negros!

Y que la viruela de alfombrilla, que hablando el lenguaje del pais, es la que mas generalmente se ha presentado durante esta campaña de Cuba, ha sido terrible. De tal modo, que el pus corrosivo de aquellas pústulas confluentes destruia las facciones de la cara antes de producir la muerte, que era la terminacion mas frecuente.

Y el número de defunciones causado por la enfermedad en cuestion ha sido tan extraordinario, que ha aparecido como una epidemia muy mas temible que el cólera morbo y que la calentura amarilla ó vómito prieto.

En Moron, por ejemplo, produjo el lùto de la mayor parte de las familias. En Ciego de Avila vi cerradas varias casas donde materialmente habian muerto todos. Todavia me acuerdo que al saludar en el establecimiento del Sr. Campo y preguntar por la familia, contestóseme: «aquí está toda la familia.» Todos ha-

bian muerto escepto el que me hablaba en aquel momento. Tambien habia muerto todos en casa Torres = Seis en casa mi amigo D. Pancho Soto: hasta trece de los parientes de Echemendia, y por este estilo casi todas las familias.

Para que se vea cuanto nos pagamos de nombres, y que error tan grande el cr er que solo el cólera morbo es temible.

El cólera, no me cansaré de repetirlo, tiene la ventaja, no solo de que avisa, sino de que puede hasta cierto punto evitarse. Sí, hay bastante número de probabilidades de que no se padecerá cuando á mas de la serenidad y de un buen régimen, se procura no asistir ó no respirar la atmósfera de los focos epidémicos. Vèase como generalmente y en todas partes se lleva con preferencia á los que no pueden abrigarse bien, á los que no pueden cuidarse, á los que, sobre todo. no pueden alimentarse convenientemente.

Y es una enfermedad que avisa, y su aviso es la diarrea. Y aun en el caso de haber estallado los vómitos y calambres, puede por decirlo así abortarse de mil maneras.

¡Váyase á abortar la viruela, y sucederá en la generalidad de los casos, que al impedir la erupcion con evacuaciones de sangre, por ejemplo, no hacemos mas que producir una metastasis ó retropulsion del virus varioloso hacia las visceras ó entrañas, que como órganos mas nobles y mas importantes que la piel, aceleran la terminacion funesta o la muerte!

No hay remedio: desde luego que han aparecido los síntomas de fiebre gástrica, que constituye la invasion de la viruela, no hay recurso para evitar que la enfermedad siga fatalmente todos sus períodos de erupcion, de supuracion ó reblandecimiento, de desecacion y descamacion.

Y durante todos estos períodos, los padecimientos de los infelices variolosos suelen ser tanto mas crueles, cuanto que por la fealdad y por el natural temor al contagio, nótase cierto retraimiento en las personas conocidas, en los amigos y hasta en los parientes.

Y si muere, nótase especialmente en tiempos de epidemia, ese deseo general de enterrarlo en seguida.

Ya se vé: ¿hay nada mas feo y aun horroroso que el cadáver de uno que ha muerto de viruela confluente, de viruela de alfombrilla y sobre todo de viruela negra?

Recuerdo de Santo Domingo, que á veces los soldados mas bien parecidos del ejército, quedaban á los doce ó catorce dias de enfermedad, convertidos en mónstruos, puesto que sus cuerpos eran unos sacos negros, donde habian desaparecido las facciones, y donde la corrosiva supuracion aparecia en todos los puntos de aquella piel, que no parecia de persona verdaderamente.

Yo he visto en algun pueblo de la Isla de Cuba, varioloso abandonado absolutamente de todos, y que cuando fué el confesor, no quiso ni siquiera escucharlo: tal era su estado de desesperacion. Aquel confesor fué tambien contagiado de aquella viruela.

Hay en la epidemia de que nos ocupamos la fatalidad, de que cuando no ha destruido la vida, ha destruido la belleza.

Y esto no es por cierto cualquier cosa. En Ciego de Avila he visto á jóvenes que habian sido hermosas, cerrarme precipitadamente las ventanas y las puertas, para que no las viera pintadas, para que no las viera feas. En vano llamaba yo á las ventanas, diciendo que lo que importaba era la hermosura del espíritu, no hubo medio de que dejasen ver el cuerpo.

Véase, pues, como hace desgraciada á una persona: desgracia que he visto mas de una vez producir la de toda una familia. Porque la jóven en su desesperacion es causa de disgustos incesantes, y estos disgustos hacen enfermar tarde ó temprano á los que con ella viven.

En el hombre mismo ha producido la fealdad mas de una vez el suicidio, no pudiéndose resignar ó soportar las huellas de la viruela, y por si acaso en el trato social se tropieza con los que son de opinion que la fealdad esterior indica la fealdad interior, como mu-

chos exajerados sectarios del sistema de la fisiognomonia.

¡Que mucho, pues, que la vacunacion deba ser considerada como lo mas importante, aun bajo el punto de vista de la conservacion de la hermosura humana!

Esto prescindiéndonos de las defunciones numerosas que produce do quiera se presenta epidémicamente, pues que para poderse formar alguna idea de sus desastres, me limitaré por ahora á decir que aquí mismo en Guantánamo, pequeña poblacion de las orillas del Guaso, solo en los meses de Enero, Febrero, y parte de Marzo del 72, ha producido la enfermedad en cuestion doscientos cincuenta muertos.

A mi llegada en el cuatro de Abril del mismo año, pude visitar los dos últimos casos de viruela en personas de treinta y tantos y cuarenta años. Ninguno de los dos, que pertenecian á las escuadras de Santa Catalina de Guantánamo, estaban vacunados.

¡Para que se vea cuan cierto es que el abandono de la vacunacion en todas partes, y en los pueblos de allende lo mismo que en los de aquende, es la causa de que se hayan reproducido las epidemias aterradoras que destruyen al mismo tiempo que la vida, la belleza.

¡Que descuido tan imperdonable el de los gobiernos de todos los Estados y el de las autoridades de todas las poblaciones, al no disponer que así como es de necesidad que haya una escuela, lo es tambien que haya en todas partes una sociedad jeneriana, pues que si la instruccion es el preservativo de las fealdades del alma, lo es la vacunacion de las del cuerpo.

Los síntomas de las afecciones epidémicas.

Ya es hora de que vayamos ocupándonos de los síntomas, esos gritos de los órganos ó ese lenguaje con que las partes del cuerpo dañadas manifiestan sus padecimientos.

Si siempre solemos dar comienzo por el cólera morbo ó el tifo azul, es no solo porque hoy dia se presenta en el mundo con frecuencia, si que tambien porque fundada ó infundadamente inspira á las gentes mas terror que la calentura amarilla, la disentería y la viruela.

¿Y porqué razon temer tan estraordinariamente los sintomas del cólera morbo, cuando es una enfermedad que avisa casi siempre?

Yo he procurado repetir en las epidemias numerosas de cólera en que me he encontrado, y repetir hasta el fastidio, que se trataba de una enfermedad que ofrece la ventaja indecible de avisar el ochenta por ciento de las veces.

De tal modo es este aviso una ventaja que nunca debemos olvidar, como que muchos de los casos que tienen una terminacion funesta; débense muchas veces á haber despreciado los avisos, ó fenómenos anunciadores.

Ya hemos dicho desde un principio que la diarrea es aquí el aviso.

Ocurre con sensible frecuencia que en las familias donde ha habido la desgracia de tener alguna defuncion, se está sufriendo por la influencia misma de la pérdida, cierta amargura y cierto trastorno moral, motivo de una diarrea, que no manifestándola á los hermanos, á los padres ó á los hijos ¿qué estraño no la manifiesten ó no la consulten tampoco con el facultativo!

Ocurriendo por esto mismo, que cuando viene á saberse, ya es el cólera del Ganjes; es decir, ya es un cólera, que si se presenta con las ojeras azules ó negras, con los vómitos y diarreas de una materia parecida al agua de arroz, con los calambres ó rampas dolorísisimas de las pantorrillas, con la despulsacion y con el enfriamiento ó algidez, ya desde entónces se trata de una enfermedad, en la que el número de probabilidades para terminar mal, es el mismo con que podíamos contar ántes para terminar bien, y todo por haber descuidado los síntomas anunciadores, como lo he visto en tantos casos pràcticos, que si ahora los fuera á recordar, haría interminable este escrito.

Recuerdo, por ejemplo, de mis estudios prácticos sobre las epidemias, al alcalde del pueblo de Monovar, á quien por razon de una diarrea que tenia hacia ya muchos dias, decíanle todos «¡Hombre, cuídese Ud.!» —A lo que él solia contestar siempre· «¿Cómo quieren Udes. que un hombre como yo vaya á hacer caso de una diarrea?» Y el hecho es que luego fué víctima de un cólera tan fulminante, que no sé si llegó á visitarle facultativo alguno.

Tambien podria citar al Comandante en jefe del ejército de ocupacion de Tetuan, que ya he nombrado antes, y que no obstante las importantes medidas higiénicas que estableciera para evitar las epidemias, fué atacado de una diarrea que tambien despreció completamente.

Estaba bajo la direccion facultativa de ilustrados prácticos y dignos jefes del cuerpo.

Una mañana que habia esperimentado un disgusto (¡cuidado con disgustarse en tiempos de epidemia!), permitiame preguntarle con interés:

=«¿Con que, como estamos de la diarrea, mi general?»

=«¡Como hemos de estar, me contestó cariñosamente, si tiene uno tantas desazones y tiene uno que ocuparse de tantos asuntos, que no me queda tiempo para pensar en los intereses de la salud!

Y como no obstante mis escasos merecimientos, era admitido en el campo de la intimidad, pude conversar del modo siguiente:

=«¿Por qué no se cuida V. E.? Lo digo por lo mismo que las diarreas san síntomas anunciadores casi siempre.»

=«Pero ¡como me he de cuidar, si para hacerlo, debiera dejármelo todo desde este momento!»

=«¡Claro está! dije yo.

=¡Pues no puede ser! «dijome con cierta especie de sentimiento.

Y sin embargo, pudo ser, pues que sucumbiera de la enfermedad reinante, no obstante todos los cuidados y esmeros de los mas ilustrados facultativos del cuerpo.

Los ejemplos que me permito mencionar, son para podernos persuadir, de que en efecto la diarrea es en los tiempos ep démicos, un síntoma anunciador, que cuando lo hemos estado despreciando por mas ó ménos tiempo, viene á presentarse cuando menos lo pensamos, un aparato de síntomas verdaderamente aterrador. Y la persona que habia estado despreciando los avisos, comprende á veces en el acto de ser atacado, hasta que punto ha estado imprudente, despreciando los consejos que, para combatir indisposiciones gástricas, diéranle con frecuencia. Experiméntase en seguida un trastorno gensral, del cual no puede formarse una idea mas que habiéndolo experimentado.

Recuerdo que en la noche en que llegué á la ciudad de Murcia, donde iba de paso para Cartagena á estudiar la epidemis, que habia ocasionado muchos estragos, esperimenté un mal estar general, tan verdaderamente producido por respirar aquella atmósfera infeccionada en todas partes, que en la conviccion de

que me hallaba algo envenenado y en la probabilidad de ser invadido, recomendaba mucho en las correspondencias que enviaba á los periodicos, la proteccion de mi madre mi mejor amiga.=Nada me sucedió, sin embargo; como tampoco en Cartagena, donde practiqué una autopsia en el presidio, acompañado del ilustrado facultativo del Establecimiento. Recuerdo que en este punto D. Jesualdo Cebrian, que siempre hará honor al cuerpo de Sanidad Militar de la armada, teníame la atencion de presentarme diariamente ante los enfermos que se hallaban bajo su acertada direccion facultativa.

Empero de allí á poco tiempo, y despues de las dulces satisfacciones que experimentára al ver el celo que el ilustrado gobernador civil de Alicante Excmo. Sr. D. Celestino Mas y Abad, mostraba en punto á las medidas conducentes á desterrar á todo trance al gigante de las orillas del Ganges, procuré hacer cuanto estuvo de mi parte, y fuì atacado del cólera á las tres ó cuatro horas de haber practicado una autopsia en el cementerio de Monòvar.

Al experimentar los síntomas, convencíme de que la enfermedad en cuestion es con efecto una especie de intoxicacion ó envenenamiento.

No puede formarse una idea mas que habiéndolo sufrido, pues que los vomitos, las diarreas y las rampas, son otros vómitos, otras diarreas y otras rampas que los que se sufren ordinariamente.

Yo no sé que especie de terror viene á apoderarse en seguida del enfermo, que diríase deseaba tener á todos los suyos á su alrededor, como para enterarlos de su próximo y funesto fin.

Y el que es llegado para consolar al enfermo, es menester que esté experimentado en la práctica ú observacion de estos enfermos, para no sorprenderse ó alarmarse por aquella fisonomia agonizante y caracterizada por la disminucion y afilamiento de las facciones, por las ojeras azules y aun negras, por el hundimiento de los ojos, que yo no sé porque especie de contraccion espasmódica de los músculos oculares, son lleva-

dos hácia el cogote, y como si al mismo tiempo se fundiera de repente la almohadilla de grasa de las órbitas. La nariz está afilada y lo entreabierto de las mandíbulas, por razon de la asfixia ó de la dificultad de respirar, deja ver una lengua, que al tocarla parece un terron de nieve. Espeluzamiento de los cabellos, despulsacion en las arterias, vómitos y diarreas de materia.es blancos, sed inestinguible, anuria ó falta de secrecion de orina, rampas ó calambres insoportables de los músculos gemelos ó de las pantorrillas, cútis de mármol y aun de la temperatura del hielo, y una mirada que parece esté diciendo á los que se le acercan: ¡me muero!

Y que se muere con efecto siuo se procura hacer fuego al enemigo con todas las armas desde el primer momento.

Aquí sí que encaja aquello del «occasio preceps,» la ocasion es fugitiva ó el tiempo perdido no vuelve mas, como decia el oráculo de Cos ó el padre de la medicina Hipócrates.

¿Y como no hemos de encarecer con la mayor insistencia la oportunidad, tratándose de una enfermedad, que una vez caracterizada, comienza por la agonia?

Nos fijamos en los síntomas por lo mismo que en todo padecimiento lo primero es conocerlo bien, confirmándose casi siempre aquello del divino Hipócrates: «Qui ad cognoscendun sufficit morbum, ad sanandum etiam sufficit»=aquello de Galeno: «cognitio morbi est inventio remedii»=aquello del Hipocrates Romano Baglibio: «Qui bene judicat, beue curat.»

Y con efecto que en lo general, el que bien diagnostica ó conoce una enfermedad, bien la cura.

En el cólera mismo, ¿no vemos que lo evita el que conoce bien los síntomas que constituyen los fenómenos prodrómicos ó los avisos?

Una vez declarada la enfermedad con todos sus síntomas característicos, hay ocasiones afortunadas en las cuales desaparecen á beneficio de una reaccion, que es necesaria siempre, y por lo cual casi nunca es conveniente debilitar las fuerzas, antes por el contrario

aumentarlas, guiándose por el «ubi vita, ibi spes,» donde haya fuerzas, habrá esperanzas de salvacion siempre.

Empero, en otras ocasiones, que son por desgracia las mas frecuentes en tiempos de epidemia, ocurre todo lo contrario, es decir: que se agravan todos los síntomas que àntes hemos mencionado, poniéndose la cara de un color amoratado, apareciendo casi negras las ojeras, hundiéndose mas los ojos y así como tirados por dos cordones, como decia Broussais; la cútis pierde su elasticidad de manera que conserva siempre los pliegues que en ella se forman al pellizcarla; varios órganos y sobre todo la lengua, produce al tocarla, la misma, mismísima impresion del hielo; la afonia ó falta de voz es tal que diríase que el enfermo estaba hablando ya desde la hoya; es inútil buscar el pulso en las radicales, abdominales ni carotidas; està completamente suspendida la secrecion de la orina; hay una angustia inconsolable; nótase contínua tendencia á quitarse las cubiertas de la cama, ajitándose de contínuo, mudándose de postura sin cesar, y quejándose de que se le deja morir sin darle siquiera el agua clara y fresca que está pidiendo por Dios!=Entónces sí que estamos completamente en el cólera aljido, azul ó asfítico, y no debemos desperdiciar un solo momento, ya que todavia podemos aspirar á conseguir algo armando un infierno con los estimulantes mas fuertes á la piel, y los estimulantes y tónicos al interior (incluyendo entre los tónicos, la sustancia ó caldo á veces; respondo de ello), todo para aspirar á la reaccion ó al sudor, que ya sabemos que siempre que se consigue, puede cantarse victoria el ochenta por ciento de las veces.

La terminacion feliz caracterizase por la reaparicion de la circulacion (pulso), de la calorificacion (calor de la piel), así como por el restablecimiento de las secreciones todas, especialmente de la orina.

Si fuéramos á estudiar detenidamente cada uno de los períodos, veríamos como encontrábamos muchos puntos de semejanza con las demás afecciones epidémicas.

¡Que muchò, si por ejemplo, el vómito prieto, tifo icterodes ó calentura amarilla ó tifo amarillo, es como el cólera morbo ò tifo azul, una especie de envenenamiento de la sangre, motivado por un tóxico ó veneno, que solo se le conoce por sus efectos.

Al menos los fenómenos generales en todos estos envenenamientos miasmáticos, incluyendo tambien la peste de las pestes, la peste de Egipto ó la peste de bubon, establecen por decirlo asì, los mismos períodos, á saber: el período indicador de la impresion del miasma ó ajente morboso sobre nuestro organismo; el período de la absorcion de este ajente y de su punto de contacto con principales visceras ó entrañas; el período de la reaccion ò de la lucha de la organizacion contra el miasma ó veneno, y el período de los esfuerzos de eliminacion.

Hay una enfermedad, desgraciadamente frecuente en las campañas, y que se diferencia del cólera morbo asiático y del vòmito prieto, en que no nace como estas en focos de infeccion, propios del suelo, si no que se forma espontáneamente por la morbosa alteracion de las exhalaciones que se desprenden de los cuerpos de un gran número de hombres, sanos ó enfermos y mucho mas si hay miseria, si hay falta de limpieza, si se usan aguas corrompidas, pan ó galleta hechos con harinas averiadas, alimentos insalubres, frutas no sazonadas ó verdes, Hago ahora referencia, lo mismo al tifo, que á la disentería castrense.

Con razon ha dicho un sábio práctico francés: «Es preciso haber presenciado las rápidas cuanto desagradables mudanzas que se verifican en el estado físico de un ejército escaso de todo y espuesto á condiciones anti-higiénicas; es preciso haber visto todo lo malo y repugnante á que obliga á comer el hambre desmedida; y haber percibido el olor desagradable y del todo particular, que se manifiesta en todos los lugares en que se hallan reunidos muchos hombres situados en esas tristísimas condiciones, para poder comprender fácilmente que, bajo semejantes influencias, es de todo punto imposible el evitar que se desarrolle alguna

grave, gravísima enfermedad. Si amontonados esos hombres en un espacio mas ó menos reducido, ocurre que la humedad de las lluvias o la imposibilidad de moverse por la proximidad del enemigo ó un frio intenso, vienen á ser circunstancias que se oponen á la renovacion de aquella atmósfera que infectan y corrompen de contínuo, imposible que deje de desarrollarse rápidamente un veneno peligroso en medio de aquel foco humano de contínua infeccion. Entònces si las pasiones tristes, si la falta de alimentos sanos, si la temperatura húmeda, si la carencia absoluta de vino ó aguardiente llegan á destruir en aquellos cuerpos toda potencia de reaccion, no tardarán en declararse tifos y disenterías, y declararse con todos sus furores, pues que así es como semejantes enfermedades nacen y se desarrollan. Una vez formados tan terribles padecimientos, propáganse con rapidez horrorosa, siendo cada enfermo un pequeño foco de infeccion asaz enérgico para comunicar su padecimiento á los individuos que le rodean.»

Si, tanto la disenteria como el tifo, hànse desarrollado siempre con preferencia en medio de las grandes reuniones de hombres, sobre todo cuando los individuos que las componian, se hallaban dominados por pasiones concentradoras, estaban faltos de limpieza, obligados á sustentarse con alimentos vegetales ó mal sanos, bebiendo aguas corrompidas y respirando atmósferas impuras.

La disentería, por razon de desarrollarse con preferencia en los ejércitos, háse apellidado castrense; así como el tifo háse apellidado tifo de los campamentos, tifo de los hospitales ó nosocomial, tifo de los navios, tifo de las cárceles, tifo de las plazas sitiadas, calentura purpúrea y fiebre de Hungria. Tambien en consideracion á sus síntomas háse conocido con los nombres de calentura patequial ó tabardillo pintado (por las petequias ó manchitas encarnadas que se presentan), calentura perniciosa, adinàmica, ataxica y fiebre pútrida.

Háse convenido siempre en llamarle tifo, voz griega que significa estupor, ya que el estupor ó el ato-

londramiento tanto le caracteriza.

En la guerra de Africa del 59 pudimos persuadirnos de lo perjudicial que es para la salud la mucha aglomeracion de jente, pues que á pesar de haberse hecho aquella guerra con un lujo, que hace verdaderamente honor al comandante en jefe que con tanto acierto la dirigiera, no por esto fué posible evitar toda clase de epidemias.

En la campaña de Santo Domingo hubo innumerables fiebres intermitentes y tifoideas, así como cólera morbo, fiebre amarilla y viruela negra. Allí escaseó el agua mucho mas que el alimento: en Monte-Cristi especialmente.

En la campaña de Cuba hànse visto algunos desastres en las torres y en los destacamentos, donde por razon de tener que habitar en un espacio reducido, el tener que beber agua no potable, y tener que alimentarse siempre con el mismo tocino y la misma galleta, ha llegado á suceder mas de una vez, que enfermos casi todos de intermitentes, disenterías y fiebres tifoideas, no habia, por decirlo así, quien relevase el centinela. Hé citado en un principio y como para llamar la atencion, el fuerte del Quemadito en la jurisdiccion de Santo Espíritu, donde llegué con la columna de Colon á las doce de la noche, y donde se presentó á mi vista un desastre verdaderamente. Siempre que se pueda, debe hacerse lo que luego se hizo allí, abandonar aquel punto despues de destruir el fuerte.

En esta campaña, como ya he dicho anteriormente, hemos tenido la gran fortuna, de que no se presentase la epidemia de viruela en el ejército. El número no llegó à formar epidemia.

La viruela es producida por un virus.

Llámase virus todo producto de secrecion morbosa capaz de ser inoculado y de ser transportado por consecuencia en la punta de una lanceta ó de una aguja, que origina una enfermedad idéntica á la de que proviene, no variando en los diferentes séres á que se transmite sino por su intensidad solamente.

Diferéncianse los virus que producen el saram-

pion y la viruela, de los miasmas que producen el vómito prieto y el cólera, en que los virus poseen la doble propiedad de poder trasmitirse por vía de inoculacion, produciendo todos sus efectos por pequeña ú homeopática que sea la cantidad empleada al efecto.

Las enfermedades virulentas tienen cada una de ellas sus síntomas especiales, no pareciéndose sino por un solo fenómeno tan curioso como importante, el de presentar todas ellas un período de incubacion, que es el tiempo que media entre la inoculacion del vírus y la presentacion de los primeros síntomas de la enfermedad. Tiempo que es de unos cuarenta dias en la hidrofóbia ó enfermedad producida por la mordedura de un animal rabioso; de diez á veinte en la viruela y varioloides, de tres á cuatro en la vacuna, y de uno á seis en la enfermedad venérea.

No sé porque las viruelas hánse colocado entre las inflamaciones de la piel, cuando su verdadero lugar es entre las afecciones virulentas, siendo así que las numerosas pústulas que aparecen en la cútis, no son por decirlo así la enfermedad, sino un efecto ó conse: cuencia, que debemos favorecer.

Las viruelas llámanse discretas ó benignas cuando las pústulas son poco abundantes; y confluentes ó malignas cuando son tan numerosas que se tocan y se confunden en la vasta superficie de la piel.

Suele empezar la invasion de las viruelas con escalofrios irregulares, declarándose pronto una intensa cefalalgia ó dolor de cabeza, con cansancio y quebrantamiento de miembros: el dorso y la region lumbrar suelen ser el asiento de un fuerte dolor, acelérase el pulso, duele el epigastrio ó boca de estómago, hay anorexia ó falta de apetito, sed intensa, nauseas y vómitos, que suelen presentarse cada vez que los enfermos quieren hacer cualquier movimiento.

Por manera que entre los prodromos ó fenómenos anunciadores de la viruela, hay muchos de los que anuncian otras enfermedades, el vómito prieto, por ejemplo.

La clase de afecciones reinantes nos ilustra mucho desde luego. Durante las epidemias de Ciego de

de Avila y de Moron, cualquiera que se sentia con dolor de cabeza é inapetencia, solia decir para sí: «voy à tener la viruela» acertando el noventa por ciento de las veces.—Así como durante la gran epidemia de vómito que sufriò mi batallon de Cazadores de Colon número 3 en Trinidad, cuando cualquier soldado tenia el mas leve dolor de cabeza, enviábasele en seguida al hospital, en la creencia de que seria un prodromo ó anunciador del vómito, y así sucedia casi siempre. Recuerdo que á un soldado jovencito que llevaba el rancho para la guardia del hospital civil, lo llamé á fin de preguntarle por su salud, y como me dijese que le dolia la cabeza, lo hice retroceder para enviarlo al hospital, declarándosele el vómito mas intenso al poco tiempo. No solo me guiaba por la clase de enfermedades que estaba reinando, si que tambien por la edad, ya que casi todos los atacados eran principalmente los de diez y ocho y diez y nueve años, como suele suceder siempre, pues que esta enfermedad, como el exantema varioloso, prefiere á los jóvenes.

Nada significa el que se me citen personas muy viejas que murieron de la enfermedad endémica. No son mas que excepciones, puesto que en la vejez es mas bien la disenteria, la enfermedad que prevalece, y especialmente si fueron personas que abusaron de las cosas higiénicas. con especialidad los espirituosos, los condimentos y los placeres.

Como quiera que sea, en el vómito negro ó fiebre amarilla, precede siempre la cefalalgia ó dolor de cabeza, el lúmbago ó dolor de la region lumbar, y á véces la gengibitis ó inflamacion de la encia.=Esperimenta tambien el enfermo notable abatimiento, sentimiento doloroso de cansancio y malestar. La cara está casi siempre encendida, los ojos brillantes ó centelleantes, las conjuntivas inyectadas, habiendo á veces algo de fotofobia ó de horror á la luz. La lengua y aun los dientes y labios, desécanse y cúbrense de una especie de sarro amarillento que mas tarde se ennegrece. El epigastrio o boca del estómago aparece ardiente, doloroso y tenso, lo mismo que el hipocondrio

perecho. Hay eructos, náuseas y vómitos, que acrecientan la sensibilidad de la rejion alta del abdomen. Por lo demás, aparece irritada la orina, quemante el calor de la piel, entrecortada la respiracion, intensa la sed, frecuente y lleno el pulso, especialmente por las tardes, pues que hay recargos vespertinos.

A no ser en los casos en que se presentan hemorragias nasales é ictericia, no es fácil siempre formar el diagnóstico. En prueba de ello, he visto equivocarse mas de una vez los prácticos mas respetables y distinguidos.

Para caracterizar la enfermedad endémica, requiérense tanto los vómitos negros ó prietos y la ictericia, que muchas veces he visto, que cuando no se han presentado esos fenómenos, háse dicho equivocadamente, que no habia sido aquello mas que una fiebre de aclimatacion, como si la diferencia de intensidad bastase á explicar la diferencia de naturaleza.

Cuando va á caracterizarse la enfermedad de que ahora nos estamos ocupando, cúbrese la lengua de una saburra mas espesa y oscura, repítense los vómitos con mas frecuencia, y el enfermo arroja unos jugos gástricos que á veces escorian los puntos por donde transitan al ser espelidos, siendo despues materiales biliosos, y últimamente negruzcos y formados al parecer de una mezcla de bilis con sangre venosa, presentándose entónces lo que en el lenguaje del pais se llama «la borra,» que es una especie de poso ó precipitado de café que se presenta lo mismo en los líquidos de los vómitos que en los de las diarreas.

Cuando aparece la borra, créese generalmente que ha aparecido ya el signo indicador de que es imposible curar la dolencia. He oido esto en todas partes y repetidas veces.=¡Tanto así, que oí decir en una ocasion en la Habana á un respetable facultativo; «cuando aparece en un enfermo la borra, ya no hay de tejas abajo quien lo cure!»

¡Qué decepcion, Dios mio!

Y no se crea que vaya á decir que esto es un engaño ó una equivocacion, fundado en lo que haya

leido, sino fundado en lo que he visto!

Cuando el digno Inspector del Cuerpo de Sanidad militar el Sr. D. José Parallé, con uua solicitud y actividad que le hacen mucho honor, visitaba todos los hospitales y enfermerias de la Isla, visitó tambien el hospital de Santiago de Cuba, y al hacerlo, pudo enterarse de los numerosos casos de vómito con borra curados por el digno jefe local D. Antonio de Pardiñas; y de mi práctica particular, presentéle en aquel momento un músico del batallon de Reus, llamado Sandalio, que estaba comiendo gallina, sin embargo de haber ennegrecido con sus vomitos el piso, las cubiertas y las paredes, ó de haber arrojado una cantidad de borra tan estraordinaria como nunca la he visto. Todos mis dignos compañeros así provisionales como efectivos, obtuvieròn tambien resultados felices.

Vése en esta enfermedad como en todas, que el médico no está autorizado nunca para desahuciar ningun enfermo. Aun en las enfermedades ordinarias yo tengo la presuncion de haber curado la tìsis. Y la curabilidad de la tísis está ya comprobada, pues que sujetos que sucumbieran á consecuencia de heridas, al hacerles la autopsia, han ofrecido en sus pulmones, cavernas cicatrizadas completamente.

Tambien, pues, está completamente comprobada la curabilidad del vómito prieto en el período de la borra, y con la esperiencia de todos los prácticos y de todos los dias.

Aquí mismo en Guantánamo son numerosos los casos de curaciones alcanzadas en ese período de que hablamos y en soldados de Cuba, de Reus, de Marina y de San Quintin.

En una ocasion pude enseñar á todo el mundo en la sala 1.ª y en los números tres, cuatro y cinco, tres enfermos de la enfermedad endémica, que despues de haber estado arrojando mucha borra, estaban los tres juntos y muy alegres comiendo racion de gallina.

He tenido un caso notabilísimo del Batallon de Cazadores de San Quintin, que es una prueba, no solo de que no debemos desconfiar jamás de la posibilidad

de curar ningun padecimiento, sino de que hasta es un deber sagrado aspirar á la curacion aun en el período de la agonia.=Procedámos siempre con fé, y verémos en la rejion práctica cosas asombrosas, inesplicables y consoladoras ciertamente.

Hago referencia á un soldado del batallon de San Quintin, llamado Ignacio Lozano, que tuvo el vómito prieto, y que ha estado en las salas 5ª y 6ª bajo mi direccion facultativa cinco meses. Tan estraordinaria estancia hospitalar explica ya en parte lo grave de su padecimiento. En la primera semana ó septenario estuvo ya à la muerte, presentando todos los síntomas de una pronta terminacion funesta, y no solo pudo triunfarse entónces con las armas terapéuticas de que luego nos ocuparemos, si que tambien en las varias ocasiones en que tuvo recidivas. Verdad es que ayudó siempre con su animacion ó con su espíritu admirablemente: en medio de ser flaquito, pálido y enclenque, era aquel soldado un alma de acero dentro de un cuerpo de vidrio. Nunca lo podré olvidar, porque es al mismo tiempo una prueba de que la voluntad ó el ánimo del enfermo, ayuda y puede ayudar siempre mucho al facultativo.

Cuando el vómito prieto continúa sus progresos, sucede que los vómitos se van presentando con mas frecuencia; que una sangre asaz líquida y negruzca sale de la lengua, paredes de la boca, encías y fosas nasales, así como tambien del ano, de la vagina ó de la uretra; que los escrementos se van sin sentirlos; que el abatimiento es estraordinario; que no hay emision de orina; descomponiéndose el rostro, presentándose lenta y estertorosa la respiracion, débil el pulso, y cubierta la piel de chapas ó flictenas, de petequias ó equímosis, y aun presentando los flegmones parotídeos como en la peste.

Estudio en este momento á la vez las diversas epidemias, por lo mismo que todas estas enfermedades son envenenamientos de la sangre, producidos por un miasma, que en el còlera morbo se forma en las orillas del Ganges, como en la peste en las òrillas del Nilo, y

como en la calentura amarilla á consecuencia del calor y de la infeccion marítima en las costas de las Antillas.

Cuando se cura la fiebre amarilla, suele ocurrir tras de una diafóresis ó sudor copioso, tras de evacuaciones albinas biliosas, tras de una hemorragia nasal, tras de una erupcion de diviesos, ó despues de una poliuria ó secrecion copiosa de orina.

Con razon ven algunos prácticos de la enfermedad de que tratamos, lo mismo que en las del cólera y en los de casi todo tifo ó peste, los síntomas mismos de los envenenamientos. Y con efecto. ¿No indican la introduccion del veneno ò miasma venenoso en nuestro cuerpo, la cefalalgia ó dolor de cabeza, el malestar y los escalofrios? ¿No indica la impresion del mismo tósigo sobre órganos ó visceras principales, la irregularidad é intermitencia del pulso, las irregularidades del calor, el enfriamiento de la cútis, sudor viscoso y otros síntomas?=¡Cuán evidente aparece la lucha de nuestro organismo contra el ajente venenoso, con los síntomas agudos ó de reaccion, que se declaran en seguida! ¿Y no son por ventura los esfuerzos eliminadores ó saludables de la naturaleza, las repetidas càmaras, los sudores copiosos y las abundantes orinas?

Pues que aun en estas enfermedades epidémicas puede verse la verdad de lo que, acerca de todo padecimiento, solia decir Sthal, el autor del animismo ó vitalismo: «Conatum nature ad conservationem corporis tendentem»=O que toda enfermedad no es mas que un conato de la naturaleza para la conservacion del cuerpo, procurando desprenderse por medio de la reaccion de todo lo nocivo que ha venido de fuera, ó bien que ha podido formarse en el interior del organismo.

Por esto, como veremos luego, por mas que en estas enfermedades puedan estar indicados los evacuantes, no debemos usar de ellos en demasia.

En el cólera morbo, se hallan indicados los evacuantes del tubo dijestivo, en todos cuantos casos la enfermedad ha sido ocasionada por la ingestion de pepinos, melones, calabazas, aluvias, mangos, ensaladas, frutas verdes y otras sustancias indigestas, y si es que

queremos ver prácticamente que el vómito se cura con el vómito, y la diarrea con la diarrea, como ya decia Hipócrates, el padre de la medicina.

Hasta pueden estar indicados los evacuantes de la sangre, siempre que los síntomas de irritacion ó congestion visceral sean evidentes.

En el mismo caso estamos en el tratamiento de la calentura ó vómito prieto.

Empero téngase presente siempre, que no es nunca conveniente debilitar demasiado las fuerzas del organismo; pues en estos padecimientos con frecuencia á los otros, hemos de aspirar al «conatum nature ad conservationem corporis tendentem» ó al conato de la naturaleza que por medio de la reaccion tiende à la conservacion del cuerpo.

En la viruela toda la erupcion que se presenta en la piel, indica igualmente el conato saludable de la naturaleza para la conservacion dei cuerpo. Y una prueba de ello, que cuando por causas dependientes ó independientes de nuestra voluntad, desaparece esa erupcion, fácilmente viene la muerte.

En comprobacion de lo que estamos diciendo, voy á recordar dos casos de viruela.

En la famosa espedicion de los treinta y ocho dias, por las lomas de Cubitas, por la Guanaja, Sabana la mar, el Rincon del muerto, Santa Isabel del Canasi y Ceja de Monte malo, que por ser una de las espedicio nes mas atrevidas, y que hace verdaderamente honor al Excmo. Sr. Brigadier Chinchilla, que la mandaba; en esta espedicion, tuvimos naturalmente muchísimos enfermos, los cuales perfectamente cuidados, terminaron generalmente bien, escepto un caso de intermitente perniciosa, otra de congestion cerebral, y dos casos de viruela, en los cuales, no obstante todo el cuidado y todo el abrigo posible, no pudo evitarse la retropulsion de la erupcion, por razon de tantas humedades, pues que por ejemplo en el Rincon del muerto, dirìase caminábamos por un caudaloso rio ó brazo de mar; y la retropulsion ó desaparicion de la erupcion produjo naturalmente la muerte y muerte dolorosa al fijarse

al interior en las entrañas ó visceras mas importantes el virus de aquella viruela confluente ó de alfombrilla, como la apellidan en el país.

He dicho mas de una vez, que en esta campaña de Cuba, hemos tenido la suerte de que la enfermedad de que tratamos, que tanto se ha cebado en lo civil, atacase poco al ejército; viéndose en esta parte cierta especie de providencial compensacion, ya que tan diezmado se ha visto el pobre soldado del vómito, del cólera y tambien de lo que en el lenguaje de las escuelas apellídase disenteria castrense.

Esta enfermedad, la disenteria, tan temible casi como el vómito en estos climas calurosos, ya sabemos encuentra sus motivos ó causas, á mas del influjo del calor y de la humanidad reunidos, en el uso de los mismos alimentos, bebidas y condimento que en los paises septentrionales ó frios (¡que error! ¡que imprudencia!), como por ejémplo carnes ahumadas cargadas de especias, alcohólicos desmesurados, picante, y mostaza, á mas del uso continuado de un pan ó de una galleta mal fabricada, si es que no contiene yeso ó cal, y de carnes que ya han experimentado un principio de pùtrida fermentacion ó que son tomadas de animales enfermos; y del uso de bebidas expendidas por cantineros que con el fin de especular, suprimen el corazon: causas que producen los síntomas de que vamos á ocuparnos, sobre todo cuando los cuerpos se están mojando contínuamente con las lluvias, y cuando hay necesidad de habitar lugares húmedos y pantanosos.

En los que bajo la influencia de circunstancias tan enemigas de la salud, sobreviene el desequilibrio ó la enfermedad, no es mucho se anuncie por borborigmos, desarrollo de gases y retortijones ó dolor de tripas; que se declaren los deseos de evacuar, y que queriendo el enfermo ceder á esta necesidad, no llegue, sin embargo, á espeler mas que algunas materias lìquidas ó algunas mucosidades, con gases, cuyo paso ocasionar suele una sensacion vivísima de calor y de escozor. Semejantes evacuaciones repítense primero doce ó quince veces en las veinticuatro horas, pero despues treinta

y cuarenta, dejando bien pronto de contener materias estercorales, estando formadas mas bien sino de moco ó de bilis, de una serosidad sanguinolenta, parecida al agua en que se ha lavado carne, luego de sangre casi pura, y exhalando casi siempre un insoportable olor fétido que impurifica la atmósfera donde existe. Naturalmente sucede que se aniquilan pronto las fuerzas: que el enflaquecimiento es tan rápido que se admiran á veces nuestros oficiales de que los vestidos les vengan tan anchos y que los anillos se les caigan de los dedos. La polidipsia ó la sed es intensa, y apénas se ha tragado cualquier bebida, cuando ya en seguida siéntese la necesidad de hacer de vientre. La cutis primero seca y áspera, adquiere luego un aspecto térreo. Bajo la influencia de tan numerosas é insoportables evacuaciones, empequeñécese el pulso, descompònese el rostro, enfríanse las estremidades, aparece el hipo, sobreviniendo la muerte con tanta seguridad casi como en el vómito, si bien mas lentamente.

«Es una enfermedad terrible y que tengo poco gusto de visitar» decíame en una ocasion acerca de la disenteria, el eminente Doctor D. Ramon Torrado, uno de los primeros prácticos de la Isla.

Por manera que resulta en claro, que en todas estas enfermedades de que nos estamos ocupando, siempre que se las ha dejado formar completamente, hay tantas probabilidades de poder tener un fin funesto, que por esto durante su reinado deben dirigirse nuestras miras al tratamiento profiláctico ó precautivo, en el que la medicina siempre es poderosa, y no esperar la ocasion del tratamiento curativo, si no queremos esponernos alguna vez á cruzarnos de brazos, cuando podíamos haber evitado estos padecimientos como se evitan, si se quiere, el ochenta por ciento de las veces.

¡Cuando se dará la importancia debida en las modernas sociedades á la clase de médicos higienistas!

Esta clase es hoy dia de tanta mas necesidad, cuanto que la facilidad y rapidéz en las comunicaciones con multiplicadas redes de ferro-carriles, así como con la multiplicacion de los alambres para los telégra-

fos eléctricos, ha servido para la comunicacion de los males, lo mismo que de los bienes.

Y hasta tal punto, que no es preciso que llegue con el tren una persona infeccionada del cólera, sino que basta que la desagradable noticia de la existencia de esta enfermedad sea comunicada por el telégrafo, para que bajo la influencia moral hipostenizante y trastornadora del miedo, se presente en seguida, sino el cólera, la diarrea, que al cabo es su primer periodo.

Y puesto de que por las causas de que nos estamos ocupando, son hoy dia tan frecuentes las epidemias de todo género, es necesario que todo el mundo se vaya convenciendo de la necesidad de trabajar de mancomun para destruir los focos ó causas de esos horrores; y de que si en los tiempos de la antigua Grecia y de la antigua Roma, todo el mundo estaba obligado á ser soldado cuando peligraba la patria, tambien en los tiempos modernos, en los que por no sé que especie de castigo del cielo, son tan frecuentes las epidemias, todo el mundo está obligado á ser caballero de la Caridad y de la sociedad higiènica cuando peligra la salud pública, ¡Eso sí!

Veamos ahora, y como para reasumir que es lo que debe hacerse á fin de establecer el plan precautivo mas conveniente en cada una de las epidemias.

¿Qué debe hacerse para evitar los desastres de la epidemias de viruelas?

1.° =Así como es de necesidad haya en todos lo pueblos una escuela, que por medio de la educacion evite las monstruosidades del alma; no de otro modo lo es tambien haya una sociedad jeneriana, que por medio de la vacunacion evite las monstruosidades del cuerpo.

2.° =Esta sociedad, constituida, sobre todo, por los profesores de las ciencias médicas, autoridades y sacerdotes, debe tener su departamento especial en toda casa gobierno ó casa ayuntamiento, que se distinguirá desde luego con el retrato del inmortal médico de Berkeley en el condado de Glocester, Eduardo Jenner.

3.° =¡Cuarenta y cinco millones de variolosos murieron en el siglo que precedió al descubrimiento de la vacuna segun Lankester!

4.° =¡Cómo ha podido decirse que es peligroso vacunar cuando hay una epidemia de viruelas, si casualmente es este el medio de acabar con la epidemia en quince dias!

5.° =Si, cuando hay viruelas es cuando debemos proceder á la vacunacion y revacunacion sin descanso y hasta que desaparezca el terrible y asqueroso enemigo.

6.° =El descubrimiento de la vacuna ha sido una especie de inspiracion divina, tanto bajo el punto

de vista de la conservacion de la hermosura humana, cuanto que de la preservacion de una enfermedad de terminacion funesta.

7.° =Ya la hermosura no es cualquier cosa, que es el gran capital de la mujer; teniendo tambien en cuenta que los sectarios de la fisiognomonia creen que la hermosura esterior indica con frecuencia la hermosura interior ó hermosura de los sentimientos y pensamientos.

8.° =A mas de que no se trata solo de preservar de la fealdad, si que tambien de preservar de la muerte: terminacion asaz frecuente en la mayor parte de las epidemias de viruelas confluentes.

9.° =¿Quién que haya sido testigo presencial de una epidemia de viruela negra, como lo fuimos nosotros, durante la campaña de Santo Domingo, ha dejado de convencerse que es una epidemia muy mas temible que la de cólera morbo y vómito prieto?

10.=Es posible que la virtud preservadora de la vacuna se debilite y aun se pierda á los doce ó quince años; de aquí la conveniencia de la revacunacion.

11=La vacunacion y revacunacion en todas las edades, en todas las razas y condiciones, son de tanta importancia para la salud pública y el bienestar de las naciones todas, que por esto mismo debiera establecerse la costumbre, de que una aguja de vacunar de oro fuese uno de los regalos imprescindibles que recibiera en el dia de la boda la mujer.

12=Y digo la mujer, pues que si se quiere que en esta parte no haya esos descuidos de tan funestos resultados para los individuos y las sociedades, es preciso encargar à las madres ¡y solo á las madres! la vacunacion y revacunacion de sus hijos.

13=¿Cuando nos convenceremos de que es una decepcion eso de creer que con solos dos ó tres facultativos pueda tenerse perfectamente vacunado y revacunado á todo el mundo?

14=No parece sino que la vacunacion, que la puede practicar un niño, exija los conocimientos teórico-prácticos de la medicina y cirugia.

15=En lo sucesivo, el saber vacunar debe constituir en toda persona una recomendacion y un mérito.

16=Es la vacuna una especie de enfermedad artificial que ofrece las mayores analogias con las viruelas, y que se desarrolla mediante la inoculacion de un virus, tomado de las pústulas que se presentan espontáneamente en los pezones de las vacas, ó bien en las pústulas producidas por la inoculacion en el brazo de un niño.

17=Puede vacunarse en todas las regiones del cuerpo, pero se vacuna generalmente en los brazos, haciendo dos picaduras superficiales con una aguja impregnada de una pequeña cantidad de la materia contenida en las pústulas de los pezones de la vaca, ò bien en las de una persona, cualquiera sea su edad, que haga fué vacunada como ocho dias,

18=Las picaduras ni deben ser tan insignificantes que no den lugar á la absorcion, ni tampoco tan profundas que hagan correr la sangre y con ellas el virus vacuno. Pocas reglas y mucho uso.

19=Para estraer la materia con la que se va á vacunar, basta hacer en la pústula ó grano unas pequeñas picaduras superficiales, viéndose aparecer al momento en la superficie unas gotitas de una materia cristalina como el agua, que es el virus vacuno, el cual se estrae originariamente de los granos que salen en las tetas de las vacas, que es la vacuna animal y quizás la vacuna mejor.

20=El virus vacuno, así como se transporta en la punta de una aguja ó de una lanceta, transpórtase igualmente en tubitos de cristal ó entre dos cristales planos y juntamente con la correspondencia pública.

21=Que no se admita á nadie que no esté vacunado, en las escuelas, colegios, universidades, casas de comercio y establecimientos públicos.

22=Con un verdadero rigor militar deben practicarse la vacunacion y revacunacion en el ejército. Recuerdo no estaban vacunados los dos únicos casos de viruelas malignas ò confluentes ocurridos en la atrevida espedicion de Chinchilla á las lomas de Cubitas.

23=¿Hay una epidemia de viruelas? Pues á vacunarse y revacunarse todo el mundo en seguida; que de este modo, si se la padece, serán discretas ò benignas.

24=Ya se sabe es una de las enfermedades mas contagiosas. ¿A qué esa aglomeracion de gente y sobre todo de criaturas?

25=En todas circunstancias debe ser la vacuna obligatoria por la ley, y debe ser recomendada por los sacerdotes y los padrinos en el acto de administrar el bautismo.

26=Fuera tan conveniente como justo recoger los títulos académicos á los que por satisfacer la vanidad, ese orgullo de cosas pequeñas, han tenido el atrevimiento de escribir, que la vacuna habia perjudicado á la especie humana, motivando otros graves padecimientos, como por ejemplo, la tisis.

¿Qué debe hacerse contra la calentura amarilla é vómito prieto?

1.° =Ya se sabe que la fiebre amarilla ataca en estos paises con mas frecuencia á los europeos no aclimatados que á los indígenas, y aun es de importancia recordar, que los precedentes de departamentos calurosos no se hallan tan predispuestos, como los que han habitado en los septentrionales ó frios.

2.° =Yo suelo decir á mis paisanos: «donde quiera que fueres, haz lo que vieres: còme, bebe y viste en Cuba, y no como se acostumbra en la península.»

3.° =Si siempre fuera posible, seria conveniente vivir en Canarias ó en Puerto Rico algun tiempo antes de vivir en esta Isla.

4.° =Generalmente nos dirigimos en seguida á la Habana, donde á los recien llegados les ataca con tanta frecuencia la enfermedad endémica. Al ménos marchemos en seguida á un pueblò saludable del interior, y nada de estacionarnos en las costas: ¿no sabemos que el miasma productor del vómito prieto, fórmase con el calor y la infeccion marítima?

5.° =¡Por Dios no hagamos reir por aquí vistiendo lanas, satenes y paños negros: guardemolos para cuando vayamos á hacer una visita al pais de la Rusia y la Siberia!

6.° =No manifiestes tu ignorancia vistiendo lo negro, que absorve el calor, en vez de vestir lo blanco, que refleja el calórico y el lumínico,

7.° =¡Cuídate, oh recien llegado, sobre todo, si fueres jóven! El vómito prieto prefiere tanto á los jóvenes, que no comprendo porque nuestros gobiernos no fijan una edad en el ejército, donde los con preferencia atacados, son los de diez y ocho y diez y nueve años, como se ve igualmente en la clase civil, ya que se permite esa emigracion hácia la Habana, de tantos niños de las montañas de Santander, Asturias y Galicia, que vienen ansiosos de hacer fortuna, y no hay duda que la hacen, si es que descansar en la hoya fortuna es!

8.° =En patologia como en todo es este el pais de los vice-versas. El débil es aquí el fuerte, por lo mismo que los que prefiere la enfermedad endémica, son los de hermoso sistema sanguíneo, gastro hepático y muscular, y que ofrecen todos los signos de la fortaleza.

9.° =El órden es una palabra tan sagrada, que la enfermedad endémica aparece con frecuencia en pos de desórdenes de toda especie. ¡Ay de los glotones, de los tomadores y de los libertinos!

10=Lo que pueda ser mas conveniente para precaverse contra la terrible enfermedad del vómito, parece lo está diciendo ya la misma naturaleza. Yo que en esta campaña he visitado casi todas las maniguas y cejas de la isla, no he visto por todas partes mas que «la palma-cristi» que produce el aceite de recino, asì como el árbol que produce la cañafistula, y el que produce la rica pulpa de tamarindos.

11=A veces nos morimos porque queremos, pues que si bien estos calurosos paises propenden á producir «la policòlia» ó plétora de la bilis, tambien nos brindan por todas partes con purgantes y vomitivos escelentes.

12=¡Ven acá, quiérote decir una cosa al oido para que los demás no se rian: acostúmbrate à tomar un limoncito en ayunas, pero comido entero, para que á la vez que chupas el zumo, que es un antídoto de la

bilis, comas tambíen la corteza, que es un tónico-neuro esténico.

13=¿Quieres conocer el vómito negro? ¿Quieres conocer este pájaro prieto? Sabe pues, que el reclamo mejor para que venga, es la insolacion á cabeza de cubierta; de aquí el que el síntoma anunciador sea con frecuencia el intenso dolor de cabeza.

14=Así que, siempre que vayas por el campo, ponte una cogotera de lienzo, ó un pañuelo blanco, ó una hoja de plátano, que te cubra sobre toda la region occipital, ya que á la enfermedad endémica le gusta mucho penetrar por donde está la prensa de Herofilo, el cerebélo y el entronque de la vida ó el mesocefalo.

15=¡Cuidado lo mismo que con la insolacion, con la supresion repentina del sudor!—¿Te has mojado mucho? Pues sabe que en este pais es lo mas perjudicial; no enfermarás, sin embargo, si te das en seguida un baño de aguardiente, si tomas una taza de café aromático y fumas un tabaco sabroso.

16=¿Habrá puesto aquí en vano la naturaleza la «nicotiana officinalis» de Lineo? No, y ahora te aconsejo, que aunque no seas fumador, fumes siempre que te mojes y siempre que te apesadumbres.

17=Mantendrás el equilibrio del cuerpo, manteniendo la transpiracion cutánea ó el sudor, así como el equilibrio del alma con la paz ó el sosiego.

18=Como estas enfermedades se trasmiten por contagio, y pueden trasportarlas á grandes distancias así los hombres como las mercancías, dedúcese que especialmente en épocas de epidemias, nunca se observarán con bastante rigor las leyes sanitarias de los puertos.

19=¡Y à localizar, á localizar siempre!

20=La fiebre amarilla es una especie de envenenamiento miasmático de la sangre, que dirige su influencia especialmente sobre la mucosa gastro-intestinal y el hígado. Es por esto, que deba tomarse un vomitivo y adietarse en seguida de sentir el lumbago ó dolor de los lomos, la cefalalgia ó dolor de la frente, y aun la gengivitis o irritacion de las encías.

21=En los muy pletóricos es prudente comenzar con una sangria del brazo, secundada con las ventosas sajadas y sanguijuelas á los lomos, epigastrio é hipocondrio derecho.

22=¿Ha estallado la enfermedad? Pues recomendamos el tratamiento consistente en la dieta absoluta, cucharadas de la disolucion del percloruro de hierro, altas dòsis del valerianato de quinína, y á todo pasto la limonada sulfurica con nieve. ¡Ha salvado infinitos!

23=Claro está que para los que poseen recursos es el preservativo mas seguro huir de los focos de infeccion, así como para los que deban permanecer en ellos, lo serán siempre: evitar las insolaciones y mojaduras, evitar los escesos, vivir con sobriedad, emplear algun vomitivo ó purgante de precaucion, y no exponerse á la accion de los miasmas por la noche y por la madrugada, que es cuando enfriáudose la atmósfera, se condensa el vapor de agua que los mantiene en disolucion.

24=¡Ni paisanos ni militares conviene que visiten demasiado jóvenes las hermosas cuanto mortíferas costas de los mares de las Antillas!

¿Qué debemos hacer para evitar los desastres del cólera morbo asiático ó tifo azul?

Lo que debe hacerse en las epidemias de esta enfermedad aterradora, es casi todo lo contrario de lo que generalmente se ha hecho, á saber:

1.° =Prohibicion absoluta de la publicidad.

2.° =Al efecto las autoridades, á la vez que toman sin descanso todas las precauciones conducentes á localizar una enfermedad, que por su modo de transmision, no se generalizará mucho, si se la aisla bien, prohiben prudentemente la publicacion de las invasiones y defunciones, de los anuncios anticolèricos, de los toques de campanas, de los entierros, de las griterìas anunciadoras, y de todo lo que pueda contribuir á formar atmósfera lúgubre.

3.° =Todos los esfuerzos precautivos deben ir encaminados á evitar el doble contagio material y moral. El cólera es una enfermedad esencialmente contagiosa: la opinion contraria hace incalculable estos azotes, por cuanto se opone á las mejores prácticas de precaucion.

4.° =Para evitar el contagio moral, evitar en lo posible todo cuanto pueda fomentar las pasiones tristes, el miedo y el terror, que descomponen el vientre y producen diarrea.

5.° =Para evitar el contagio material, que no se

rocen con los coléricos mas que aquellos que tienen necesidad de hacerlo para la asistencia, los cuales deberán estar siempre bien alimentados y limpios, debiendo emplear la desinfeccion y fumigacion, que deben alcanzar á todas las localidades, á todas las cosas y personas que se relacionen mas ó menos con los enfermos del cólera.

6.° =Es una enfermedad que prefiere especialmente á los débiles, y por consecuencia deben precaverse, sobre todo, los debilitados por enfermedades anteriores, los ancianos, los niños, los de un temperamento demasiado caracterizado por el predominio de humores blancos, y los convalecientes.

7.° =Que no se acerquen á los focos de infeccion los que sufren muchos pesares, ni tampoco los que abusan de los placeres.

8.° =¡Que bueno fuera que en los tiempos de epidemia colérica nadie se quedase sin comer! La duracion y los estragos de la enfermedad aterradora estàn siempre en razon directa de la miseria del pueblo donde se padece.

9.° =Que nunca se queden por desinfectar las casas, los muebles, ropas y personas, donde se ha tenido algun caso y, sobre todo, alguna defuncion.

10=Prohibir con multas que en los lavados, se mezcle nunca la ropa de las personas sanas con la de los coléricos.

11=Prohíbanse los velorios cuando ocurra alguna defuncion, y que el cadáver sea trasladado al depópósito ó sala de observacion que debe haber en el cementerio,

12=¡Cuidado con las inhumaciones tempranas, si no queremos esponernos á ser enterrados vivos en una enfermedad, en la que el láudano, el eter y aun el cloroformo, insensibilizadores ó anatesícos, son medios comunes de tratamiento!

13=Si partimos siempre del principio de que el aviso de esta enfermedad es la diarrea, y procuramos cuidar debidamente al que la tiene, es imposible que el cólera tome incremento en ningun punto, Dios mediante,

14=Para practicar debidamente todas las precauciones, preciso fuera que desde los tiempos normales estuviesen ya nombrados en toda poblacion los caballeros de la salud pública.

15=Todo pueblo, grande ó pequeño, debe tener sociedad de higiene ó de salud pública. Dícese con razon que no nos acordamos de Santa Bárbara mas que cuando truena, y es por esto que hasta la actualidad haya sido un desórden, haya sido un conflicto toda epidemia,

16=La creacion de las sociedades higiénicas en todos los pueblos y en tiempos normales, es el fundamento del órden para las circunstancias escepcionales de las epidemias.

17=Semejantes sociedades deben componerlas, además de las autoridades, sacerdotes y profesores de las ciencias médicas, dos vecinos de cada una de las calles de la poblacion.

18=De este modo todo se halla ya previsto para cualquier epidemia. Y todo lo relativo á evitar el contagio material y moral, á practicar las desinfecciones, ó socorrer la pobreza y á sorprender el envenenamiento colérico en el periodo de la diarrea, estará á cargo de los caballeros de la sociedad higiénica.

19=Estos deben tomar con el mayor empeño combatir el terror, persuadiendo á todo el mundo de que hay otras epidemias, que sin meter tanto ruido, son mas desastrosas, habiendo sucedido con frecuencia, que en poblaciones que se han alarmado infinito con el cólera, ha resultado en claro, que la proporcion de los atacados habia sido solo de uno sobre trescientos.

20=A todo trance la limpieza en lo público y en lo privado. Que las casas estén aseadas y secas, evitando los charcos de aguas impuras y los basureros.

21=Vigilar mucho esas casas donde en estrechos aposentos duermen numerosas familias melancólicas, haraposas y hambrientas. ¿Que mas cólera morbo? ¿Que mas epidemia?

22=Nada con esceso: he aquí toda la higiene. Quiere decir, que debemos usar lo mismo que usába-

mos anteriormente, pero evitando los abusos, que abren de par en par las puertas á la afeccion epidémica.

23=Y entre los abusos, evitar sobre todo los que trastornar puedan los órganos de la digestion, y ocasionar por consecuencia los vómitos y las diarreas.

24=Las indigestiones producidas por sustancias vegetales son generalmente mas temibles que las producidas por alimentos animales.

25=Es de mi observacion particular que en Cuba la caña de azúcar produce diarrea.

26=Cuidado con los mangos, y nada de judias, pepinos, melones, ensaladas y frutas no sazonadas.

27=Es escelente la carne fresca asada ó cocida, y acompañada de un poco de vino.

28=Nunca vayamos por la mañana á los focos de infeccion, sin tomar alguna infusion caliente ó algun refrigerio.

29=Los vinos y los alcohólicos no son perjudiciales tomados mesuradamente.

30=Si ocurre repentinamente algun leve trastorno gastrico, es bueno tomar un poco de alcohol de Mallorca, y aun mejor algunas gotas de espíritu de anis con té.

31=¡Cuidado con tomar agua fria cuando se está acalorado!

32=¡Los que en esas circunstancias cenais ensaladas, estofados y escabeches ¿no sabeis que mas mató la cena que curó Avicena?

33=Mucho de buen humor y aun de bailes, siempre que no sean esos bailes, que propenden mucho á las felicidades infelices, segun espresion de S. Agustin.

34=Y si estuvieseis comprometidos para los eternos lazos, aguardad para cuando no sea peligroso estar débiles.

35=Si quieres que la epidemia no llegue á tu casa, socorre à esa familia pobre que vecina tienes.

36=Siendo la diarrea el síntoma anunciador, evitar todo alimento y bebida relajante del vientre.

37=Cuantas veces aparezcan diarreas, retortijones y borborigmos ó ruidos de tripas, dieta, agua de

arroz con goma y láudano; manzanilla; tilo ó té con algunas gotas de anisado, y abrigarse para promover el sudor ó diaforesis.

38=Procurar hacer vomitar en seguida con abundante agua caliente y aceite, si hacia poco tiempo habíase digerido gran cantidad de judias, pepinos, melones, mangos, encurtidos, aguacates y frutas verdes

39=Nada de alarmarse por nada de este mundo: la serenidad es el secreto para salir de la epidemia completamente ileso.

40.=Cuando la descomposicion del rostro, las ojeras, los calambres, la frialdad de la piel y de la lengua, el color azulado de los labios y de la cara, la sed intensísima, la supresion de la orina, juntamente co los vómitos y las diarreas parecidas al agua de arroz, nos dicen que se ha presentado ya con toda su intensidad la enfermedad, averiguar 1.° si el enfermo acababa de comer, para limpiarle en seguida el estómago con el vomitivo suave que hemos mencionado. Colóquese luego el enfermo entre dos mantas calientes que abriguen todo el cuerpo perfectamente, y que se renueven á la candela con frecuencia; al mismo tiempo que se practican frotaciones en las estremidades, espinazo y pecho, primero con cepillo ó tusa de maiz, y luego con alcohol de mostaza. Cada vez que se practica esto al esterior (cada cuarto de hora), se administran al interior pequeñas cantidades de tilo o manzanilla caliente con algunas gotas de anis. vino de hipecacuana y tintura etérea de valeriana; no concediendo nunca grandes cantidades de ningun lìquido, y procurando calmar la sed y los vómitos con pequeños terroncitos de nieve. Tambien es conveniente colocar alguna candela y fumigacion debajo de la cama, ya que todos nuestros esfuerzos deben encaminarse á producir una lluvia de sudor caliente.

41=Como el cólera es un envenenamiento y no una inflamacion gastro-intestinal, no hay inconveniente en dar pronto sustancia animal ó caldo para entonar el cuerpo y favorecer la diaforesis.

42=Desde luego que se ha presentado un caso

de cólera en cualquier casa, deben hacerse mañana y tarde desinfecciones.

43=Por lo que hace á las personas que asisten ó rodean al colérico, nada absolutamente les sucede cuando son de ánimo levantado ó gran corazon. No así las de espíritu apocado ó pusilánimes, que lo mejor que pueden hacer para no servir de estorbo, es marcharse pronto y léjos.

44=Y los que se marchen, que sea con direccion al campo, y no á lugares bajos y pantanosos, sino elevados, ventilados y secos.

45=Gran medida higiénica ò precautiva es la de la diseminacion. A evitar à todo trance las aglomeraciones de gente, especialmente en el ejército, cuyas divisiones, brigadas, columnas ó batallones deben fraccionarse en seguida y marcharse léjos, en la conviccion de que si habia muchos invadidos en la poblacion, asi que hayan andado veinte leguas, no tendrán ya quizás ni un solo caso de diarrea. Hay circunstancias en la que los mejores remedios de precaucion, no están en las boticas sino en las piernas.

46=Y esto que decimos del ejército, debemos aplicarlo en el órden civil á los hospicios, casas de misericordia y beneficencia, correccionales, é igualmente á las escuelas, por lo mismo que en estas se reunen los de tierna edad, y ya sabemos que la enfermedad en cuestion prefiere á los débiles.

47=Que nunca se eche en olvido, especialmente donde hay mucha reunion de gente, que es mejor gastar en buenos alimentos, que en proporcionarnos los mas escelentes medicamentos, y de poco nos servirá tener alcanfor, láudano, alcohol de mostaza, tintura etérea de valeriana. vino de hipecacuana, manzanilla, subnitrato de bismuto, cianuro de potasio, etc.; si no procuramos dar bien de comer, beber y descansar, lo mismo en el ejército, que en los hospicios, correccionales é ingenios.

48=¡Gran cosa seria que gobiernos sabios y benéficos enviasen constantemente comisiones á estudiar el terrible padecimiento en su cuna ó en las orillas

del Ganges! Habrémos, sin embargo de prescindir de esto hasta que los hombres se persuadan de que los que miran por la salud de sus semejantes, son mas útiles á la humanidad y á la patria, que todos los políticos y diplomáticos habidos y por haber.

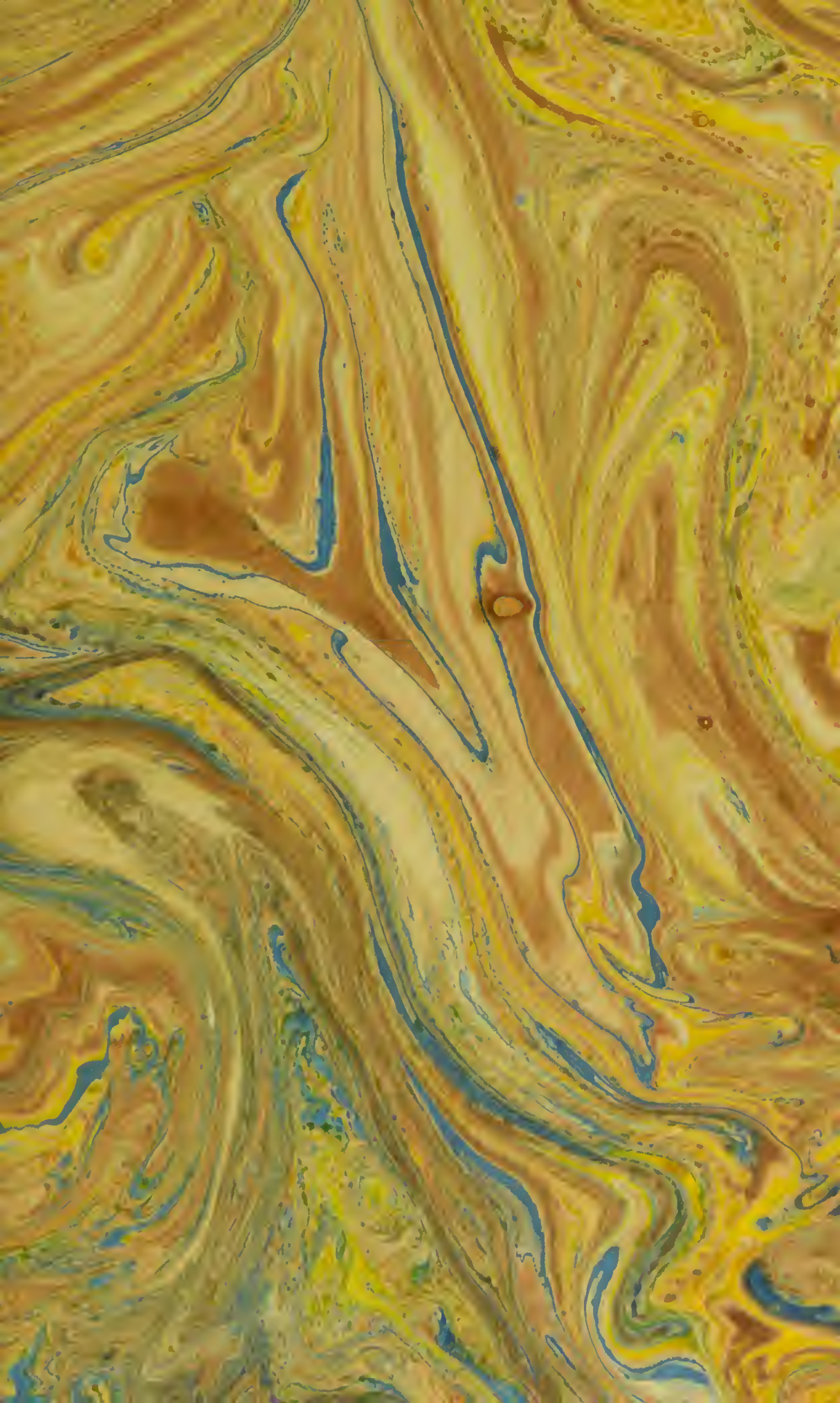
49=Mientras tanto, si con celo y constancia evitamos el contagio moral y la conspiracion fúnebre, prohibiendo el torpe sistema de publicidad y de publicidad oficial; si evitamos el contagio material con las desinfecciones, fumigaciones y la localizacion ó aislamiento de los coléricos; si con verdadera caridad alimentamos y socorremos la pobreza, gran fomentadora de la epidemia; si no dejamos que tome incremento la enfermedad con la diseminacion, al mismo tiempo que estamos á la mira de la menor diarrea, ¿cómo no ha de quedar convertido en un enano ese gigante aterrador?

50=¡Cuidado con los enterramientos tempranos! Que cuando no sea posible curarnos bien, paréceme será posible enterrarnos debidamente!

FIN.

Wellcome Library
for the History
and Understanding
of Medicine

INDICE.

	Páginas.
Introduccion.	3
El desórden en las epidemias.	7
El órden en las epidemias.	13
Nombres de las enfermedades epidémiaas.	34
Las causas de las enfermedades epidémicas.	43
Los síntomas de las afecciones epidémicas.	69
¿Qué debe hacerse para evitar los desastres de las epidemias de viruelas. . .	88
¿Qué debe hacerse contra la calentura amarilla ó vómito prieto?.	92
¿Qué debemos hàcer para evitar los desastres del cólera morbo asiático ó tifo azul.	96

L6